

# PAISAJE URBANO, CIUDAD LINEAL Y MASONERIA

**Antonio Bonet Correa**

La creación de una nueva ciudad, próxima al centro de Madrid pero autónoma, con un trazado racional y armonioso y que convertiría las tierras baldías y polvorientas de la periferia de la capital de España en oasis bellísimos, habitados, cultivados y productivos, fue la empresa a la que consagró su vida el geómetra, topógrafo, matemático, científico y filósofo positivista Arturo Soria y Mata (1844-1920). El pensamiento que desde su génesis rigió su nuevo concepto de lo urbano, lo mismo que su lema «para cada familia una casa, en cada casa una huerta y un jardín», inspirado en la novela *El año 3000* (1897), del médico e higienista italiano Paolo Mantegazzo, suponía toda una filosofía moral y social de marcado carácter filantrópico y masónico. Arturo Soria, que en 1870 se inició en la logia «Herculina» de La Coruña con el nombre simbólico de Solón, uno de los siete sabios de Grecia, se identificaba de esta forma con el legislador, estadista, poeta y filósofo antiguo que hizo posible el cambio en el derecho de la propiedad, antes exclusivo de la aristocracia y al que, gracias a sus leyes, pudieron acceder las clases mercantiles y medias. En lo relativo a la vivienda, Soria propugnaba la casa unifamiliar, acorde con el usuario, integrando con sus correspondientes tipologías a todas las clases sociales, incluida la trabajadora. Sus arquitectos «modernistas» formaban parte de la vanguardia madrileña de la época.

## The cityscape, Ciudad Lineal and freemasonry

Arturo Soria y Mata (1844-1920), positivist philosopher, scientist, topographer, mathematician and geometrist devoted his life to the building of a new city just outside the limits of Madrid proper. The paper explains that he wished it to be independent of the capital, have a rational and harmonious ground plan and be an oasis of beauty reclaimed from dusty and barren waste ground, this to be cultivated, productive and lived within. The thinking for his new master scheme for city life and for his motto «For each family a house and to each house a garden and an orchard» he drew from the novel «The Year 3,000» written by the Italian doctor and hygiene expert Paolo Mantegazzo whose ideas bear the imprint of philanthropic freemasonry. Soria was received in 1870 into the Herculania Lodge at Coruña and took the symbolic name «Solon» in honour of that sage amongst the seven of classical Greece who had striven as a legislator statesman, poet and philosopher to bring about those changes in his City-State's Laws as to property that were to allow for the participation of the middle and merchant class in things public, a bailiwick hitherto held to be the preserve of the aristocracy. In housing, Soria was for building single family dwellings to fit the tenant's needs and brought into his topological layout each and every social class including labourers. His architects were on a par with all that was most «modernist» in that epoch.

«... convertir tierras baldías y polvorientas en oasis bellísimos, habitados, cultivados, productivos. Ahí está, para no desmentir, la Ciudad Lineal.»

*La Ciudad Lineal*, núm. 744, 10 de septiembre de 1923, p. 205.

¡La Ciudad Lineal, panacea del urbanismo moderno! ¡La Ciudad Lineal autónoma y feliz, la ciudad-sanatorio, la ciudad-jardín, la ciudad-colmena, la ciudad-higiénica, la ciudad-armoniosa, la ciudad-modelo, la ciudad del futuro! Esto junto y aún más parecía o podía parecer a todos aque-

llos que, ya convencidos de antemano, ojeaban o leían los prospectos y el periódico *La Ciudad Lineal*, primero diario y después semanario, en cuyas páginas don Arturo Soria y Mata, y después sus hijos y seguidores, vertían su entusiasmo y encomiástica literatura urbanística. Los que la habitaban no ponían en duda tales aciertos. Todos los testimonios recogidos, como el de don Julio Casares, autor del famoso y utilizadísimo *Diccionario Ideológico*, lo confirman (1). Para muchos profesionales, intelectuales y profesores fue el *desideratum* de su vida (2). El convertir en

**Antonio Bonet Correa** es Catedrático de Historia del Arte.

(1) Arturo SORIA Y PUIG, «Semblanza de Arturo Soria», en el volumen *Arturo Soria y la Ciudad Lineal*, dirigido y anotado por George R. COLLI y Carlos FLORES. Ensayo biográfico por Arturo SORIA Y PUIG. Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1968, pp. 136-137.

(2) Consuelo Gutiérrez del Arroyo de Vázquez de Parga me ha contado que su padre don Luis Gutiérrez del Arroyo Cebreiro, profe-

sor de Matemáticas de la Institución Libre de Enseñanza, autor de un manual de Matemáticas y de otro de Geometría para niños, tuvo siempre la ilusión de vivir en la Ciudad Lineal. Su suegra y él compraron dos solares con el fin de construir. Finalmente acabó vendiendo el solar para comprar un chalet en la primera fase del barrio de El Viso.

Un testimonio de la atracción que despertaba la Ciudad Lineal en aquellos que querían luz y sol, además de un jardín, es el del poeta Miguel Hernández, que en una carta a su esposa decía que espera-







pueriles o jornaleros, dentro de la misma área, era la Ciudad Lineal para aquéllos que deseaban una vida en contacto con la naturaleza, que estaban en contra de la ciudad convencional. Con su creación no sólo se solucionaba el problema de la vivienda sana e higiénica, de habitaciones soleadas y claras, sin las estrecheces y miasmas del hacinamiento del centro urbano, sino que se atajaban otros males sociales, desde el impedir la emigración del campo a la ciudad y el convertir en propietarios estables a todos los ciudadanos, incluidos los jornaleros o trabajadores de salario modesto. El pensamiento utópico se convertía así en realidad solucionando el grave problema social. La Ciudad Lineal, racional y vertebrada, gracias al tranvía de circunvalación, espina dorsal que con sus enlaces con la vieja ciudad hacía posible vivir en las afueras y trabajar a diario en el centro de Madrid, suponía un avance urbanístico indudable. Sus habitantes, imbuidos del espíritu social alentado y fomentado por su creador, eran conscientes de que su ciudad era nueva, pertenecía a un nuevo orden de cosas.

Para Arturo Soria tan importante como la resolución del acuciante problema de la vivienda fue, desde 1882 en que concibió la Ciudad Lineal y 1894 en que se puso la primera piedra y durante su prosecución hasta el final de su vida, en 1920, el crear una nueva ciudad, una nueva forma de vivir. El geómetra, el matemático, el científico y el filósofo positivista que era Arturo Soria no se contentaba con sólo proporcionar un cuadro más racional y agradable a los que iban a habitar la Ciudad Lineal. Su pretensión era más ambiciosa. Arturo Soria quería, por medio de su creación, cambiar la mentalidad de las gentes, hacer que pensasen de otra forma. De ahí las adhesiones incondicionales y las resistencias tenaces que encontró para la realización de su obra. Arturo Soria, partidario de «siglo nuevo,

vida nueva», que llegó a afirmar que existían avanzados y retrógrados, según fuesen o no partidarios de la Ciudad Lineal, pensaba que a los «ciudadanos lineales» les correspondía «ir a la izquierda en las guerrillas de la vanguardia de la civilización». No es extraño, pues, que las autoridades municipales más corrompidas de la Restauración u órganos de la prensa más reaccionaria, como *El Debate* (1911), dificultasen o combatesen sus ideas y realización. Arturo Soria, voluntarista y tesonero, nunca rehusó el combate. Sus reiterados e insistentes escritos y actos demuestran un temple de hombre de férrea mentalidad. Arturo Soria, que de su grandioso proyecto de 48 km. que rodearían Madrid sólo logró realizar el fragmento entre Fuencarral y Barajas, nunca decayó en su moral. Su fe en la obra emprendida era muy grande. Sarcástico e imaginativo, se refugiaba en sí mismo y su familia, riéndose de lo torcido o dejando volar, según sus propias palabras, «el aeroplano de la fantasía». Su «filosofía barata» era un baluarte más seguro y reconfortante. También su pertenencia a la respetable hermandad, la «de sus hermanos del pensamiento libertario» a la que alude su amigo y partidario, el teósofo y masón Roso de Luna, le proporcionaba la necesaria e indudable fortaleza ética (4).

Tal como se sabe hoy Arturo Soria ingresó en la masonería el 21 de julio de 1870, en la Logia Herculina núm. 10 de La Coruña, ciudad en la que a la sazón era Secretario del Gobierno Civil. En 1889 se le registra todavía como tal, aunque no sabemos si después pertenecía a la categoría de los hermanos dormidos o había cesado de tener relaciones con las logias madrileñas. En todo caso, el testimonio citado y la estrecha amistad con Roso de Luna, masón muy activo, nos hacen pensar que Arturo Soria, al menos intelectualmente, continuó gozando de una gran estimación y respeto entre sus hermanos de ideas (5).

(4) Mario ROSO DE LUNA escribió el prólogo al libro póstumo de Arturo SORIA *Filosofía Barata. Apuntes Sociológicos Científicos*, Madrid, Imprenta de la Ciudad Lineal, 1926. En este prólogo titulado «En Memoria del Hermano y Amigo», ROSO DE LUNA, masón y teósofo, hace el panegírico del técnico estudioso, del discípulo de Schopenhauer, del matemático y geómetra, cuyo pensamiento estaba extraído de los antiguos misterios iniciáticos. Al referir que en el día de la repentina muerte de Arturo Soria iba a celebrarse un «pitagórico ágape» «en el hermoso comedor de la Ciudad Lineal» nos hace saber que no fue suspendido por el expreso deseo de su familia, de forma que la reunión de los comensales de «una respetable fraternidad, que no tengo por qué nombrar», se convirtió de esta forma en un «banquete fúnebre», en toda la regla. De sobra es conocida la importancia de los ágapes y banquetes lo mismo que las tenidas fúnebres en la masonería. El fallecimiento y la memoria de Arturo Soria quedaron de esta forma bajo el sello de los ritos masónicos.

Mario ROSO DE LUNA (Logrosán, 1872-Madrid, 1931), conocido por el «mago de Logrosán», fue teósofo, astrónomo, escritor y ateneísta. Licenciado en Filosofía y Letras, Ciencias y Derecho, se dedicó al estudio de las ciencias ocultas. Como astrónomo descubrió un planeta que lleva su nombre. Entre su extensa bibliografía destacan obras como *El tesoro de los lagos de Somiedo* (1916, reedición 1980), *Simbolismo de las religiones y De Sevilla al Yucatán*, obras también reeditadas recientemente por la editorial Eyra. A propósito de las corrientes ocultistas pueden señalarse las vinculaciones que en Norteamérica hacia 1880 tuvo la teosofía con el pensamiento de los urbanistas Olmsted y Bellamy, tan ligados a sociedades del tipo de The First Nationalist Club de Boston.

ROSO DE LUNA entró en la masonería el 5 de enero de 1917 en la logia *Isis y Osiris*, núm. 377, de Sevilla y en febrero de 1918 se afiliaba a la logia *Fuerza Numantina*, núm. 355, de Madrid. Su currículo

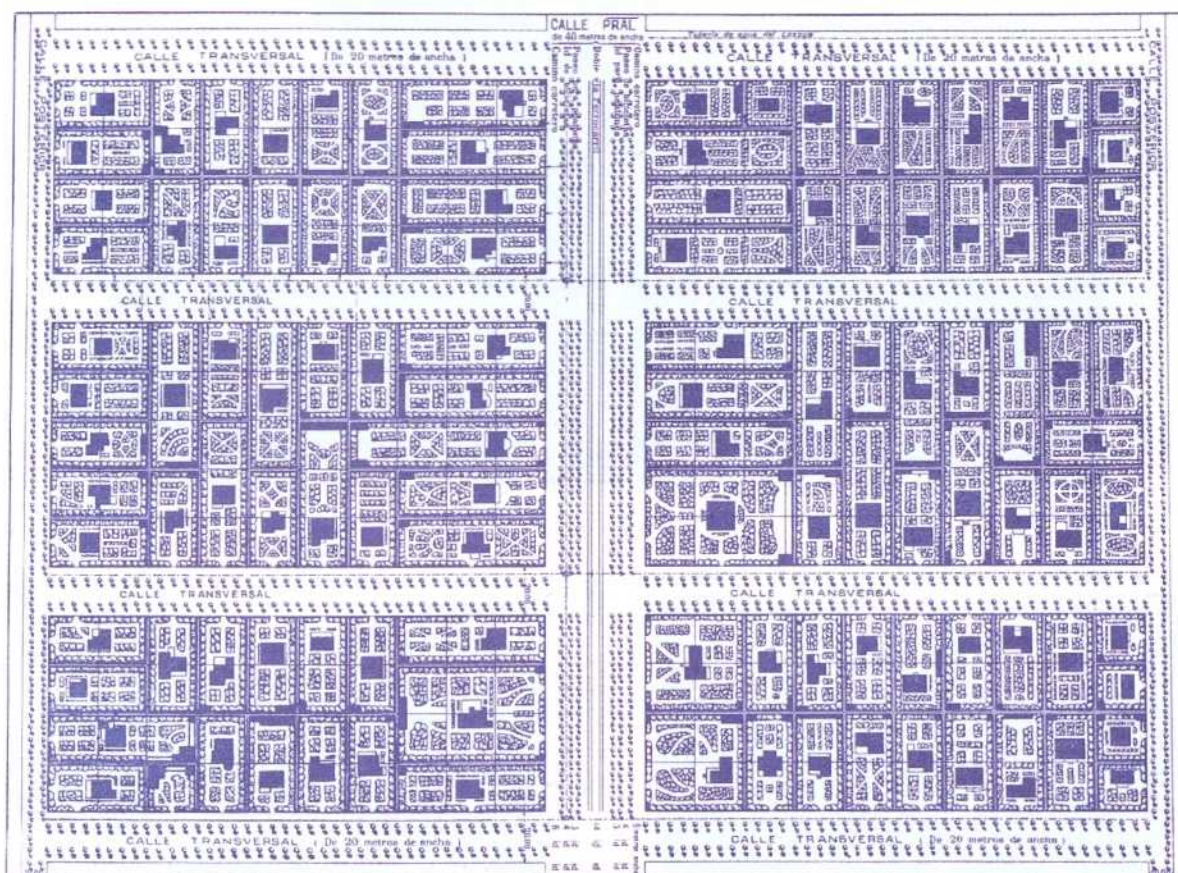
lum masónico es muy activo, en varios talleres, llegando en septiembre de 1921 al grado 33.º Sobre ROSO DE LUNA masón véase el libro de Pedro Víctor FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ *La Masonería en Extremadura*, Colección Historia Diputación Provincial de Badajoz, 1989, pp. 217-221. También véanse los trabajos de José Antonio FERRER BENIMELI, «Roso de Luna y la Teosofía masónica», y Pedro Víctor FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, «Mario Roso de Luna, la Teosofía y la Masonería», en el volumen *Mario Roso de Luna. Estudios y opiniones*, Esteban CORTIJO (coordinador), Institución Cultural «El Brocense», Excma. Diputación Provincial, Cáceres, 1989, pp. 179-194 y 194-212. En dicho volumen Esteban CORTIJO (p. 21) nos hace saber que ROSO DE LUNA «dirigió y redactó en gran parte *La Ciudad Lineal* revista sufragada por la iniciativa de quien fuera gran amigo de Roso, el arquitecto Arturo Soria y Mata».

Arturo SORIA, que escribió en la revista *La Ciudad Lineal*, año 1917, sobre Roso de Luna, elogiaba que «entre las muchas cosas buenas de su trabajo está la tendencia a explicar lo desconocido dentro de los cánones de la ciencia positiva». Los dos hombres debían sentirse hermanados en su afán de descubrir el secreto del universo por medio de la especulación intelectual. Sobre Roso de Luna, véanse D. Liborio CANETTI y ALVAREZ DE GADES, *El mago de Logrosán, vida y milagros de un raro mortal, teósofo y ateneísta*, Madrid, 1917; Romano GARCÍA, *El mago de Logrosán. Mario Roso de Luna. Un genio extremeño olvidado*, Institución Cultural «El Brocense», Cáceres, 1981, y Esteban CORTIJO, *Mario Roso de Luna. Teósofo y ateneísta*, Institución Cultural «El Brocense», Cáceres, 1982.

(5) El artículo que ahora publicamos fue escrito en el año 1982 para ser publicado en las Actas del Coloquio «Homenaje a Arturo Soria y Mata en el Centenario del nacimiento de la idea de la Ciudad Lineal», que se celebró los días 22 a 26 de noviembre de 1982. Entonces sólo suponíamos que Arturo Soria era masón. La confirmación



## DISPOSICIÓN DE LAS CALLES, DE LAS MANZANAS Y DE LOS LOTES DE LA CIUDAD LINEAL



Arturo Soria adoptó en la masonería el nombre simbólico de Solon. Su decisión fue en extremo significativa y acorde con las ideas filosóficas y reformistas del futuro fundador de la Ciudad Lineal. Considerado uno de los siete sabios de Grecia, Solon, legislador, estadista, hombre de negocios, filósofo y poeta, fue uno de los impulsores de la grandeza de Atenas. De familia noble venida a menos, hizo su fortuna con los negocios. Consciente de la necesidad de controlar las rutas marítimas, convenció por medio de la poesía a los atenienses para que conquistasen Salamina. Muy estimado por su patriotismo y honradez, fue elegido arconte con poderes extraordinarios en caso de guerra civil. Arbitro entre los Eupatridas, los oligarcas terratenientes, y los pequeños propietarios, estos últimos desposeídos de sus tierras y amenazados de esclavitud, hizo que la crisis social se resolviese mediante la exoneración de las deudas y la amnistía política, favoreciendo la partición de los latifundios. Con su obra legislativa abolió las desigualdades de los ciudadanos, concediendo el derecho del voto a todas las clases sociales para

formar parte de la Asamblea política. Bajo su mandato estimuló la actividad económica mercantil por medio del aumento de la producción, la mejora de los oficios y el incremento del comercio. Progresista, a Solon, según Aristóteles, se debe el ulterior esplendor democrático de Atenas. No es extraño, pues, que Arturo Soria se identificase con la obra de un sabio, legislador, filósofo y poeta antiguo y a la vez progresista. En la génesis de la Ciudad Lineal de Arturo Soria subyace no sólo el ejemplo político y social de Solon, su patronímico masónico, sino también la doctrina de la ciudad utópica, fundada sobre la libertad, igualdad y fraternidad, ideario universalmente defendido por la masonería.

Imbuido de una sociología práctica y de un paradójico positivismo crítico, Arturo Soria fue incondicional partidario de las ideas de asociación. Individualista acérrimo, pensaba que la mejor palanca social era la vida comunitaria en armonía y que el hombre tenía que aunar los esfuerzos para lograr la realización de un mundo más perfecto. Regeneracionistas, al igual que sus coetáneos los hombres de la Institución Li-

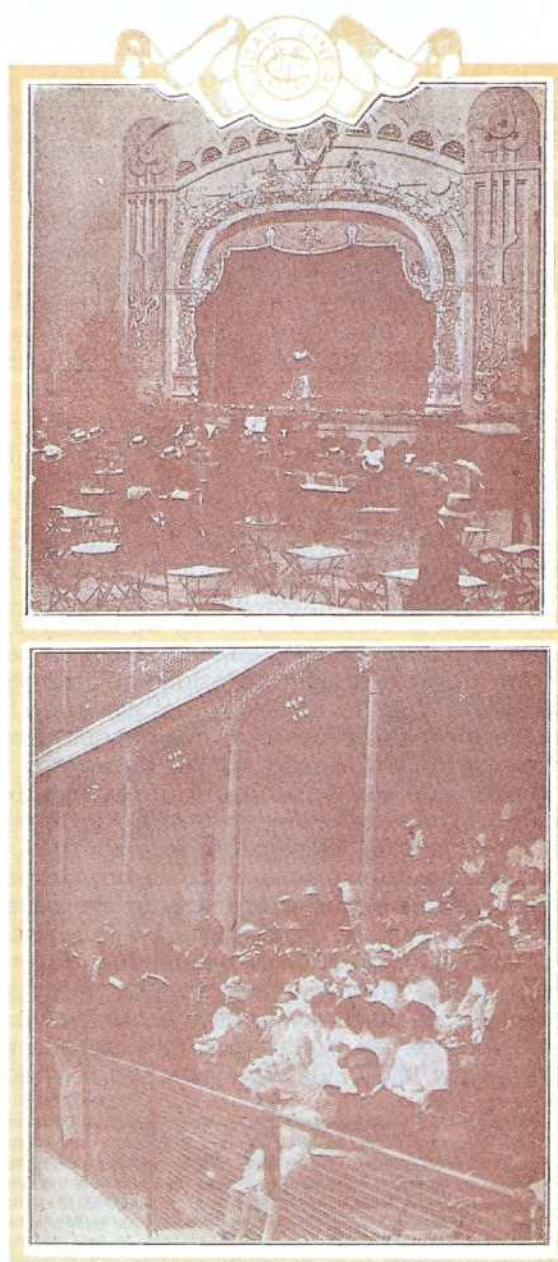
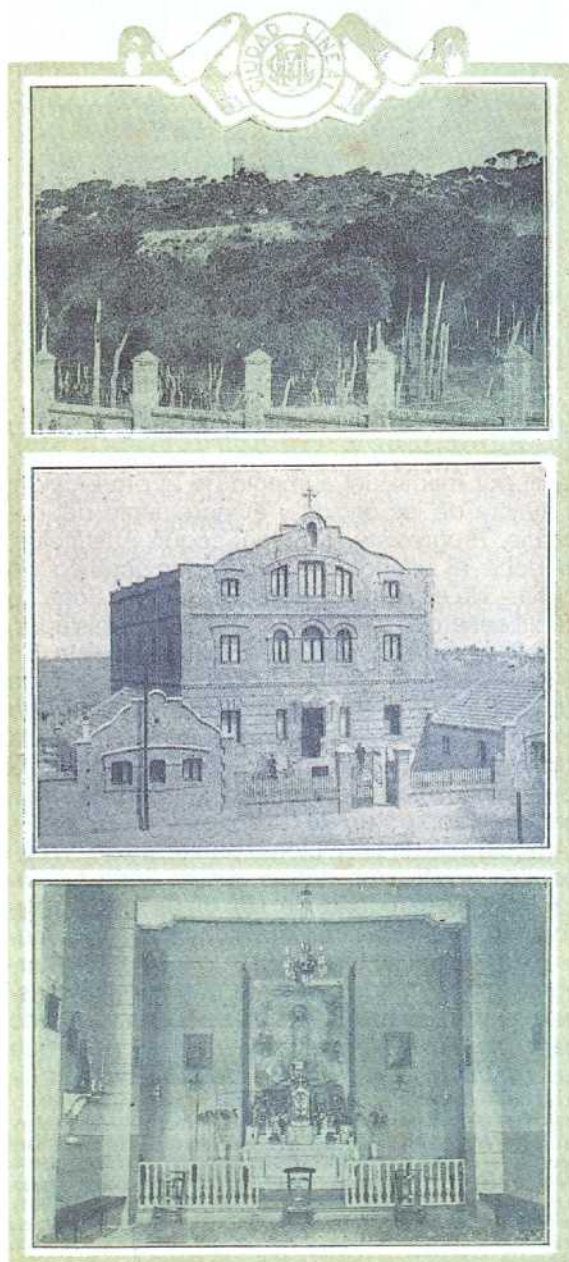
de la sospecha me la proporcionó Jose A. Ferrer Benimeli, quien me envió una carta con fecha de 26 de abril de 1988, en la cual me notifica que Soria tenía el número 74 en el citado registro de 1889, haciéndose constar que, iniciado el 21 de junio de 1870 en la masonería alcanzó el grado 2.º el 17 de octubre, y el grado 3.º el 10 de noviembre del mismo año 1870. Ferrer Benimeli cree que en Madrid siguió siendo masón, pero me informa que todavía no ha localizado su logia. En el catálogo de la Exposición *La Masonería Española*,

1728-1939, del Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert» (Alicante-Valencia, 1989), en la p. 94 se le menciona como masón junto a don Santiago Ramón y Cajal. En donde no figura es en el libro de Alberto VALIN FERNÁNDEZ, *La Masonería y La Coruña. Introducción a la historia de la Masonería Gallega* (Ediciones Xerais de Galicia, Vigo, 1984). Por otra parte es de señalar que el año 1870 fue el momento álgido de la masonería española, cuando Manuel Ruiz Zorrilla fue nombrado Gran Maestro de la Gran Logia Simbólica de España.





Uno de los accesos con doble línea de tranvías eléctricos. A un lado y paralela a la vía está la carretera de Chamartín, que pone en comunicación la Castellana con la Ciudad Lineal.



Izquierda:  
— Pinar de Charmartín contiguo a una finca de la manzana 71.  
— Colegio «María Teresa», manzana 86.  
— Interior de la Iglesia de la Manzana 99.

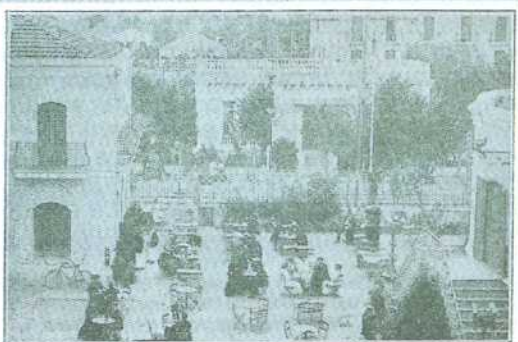
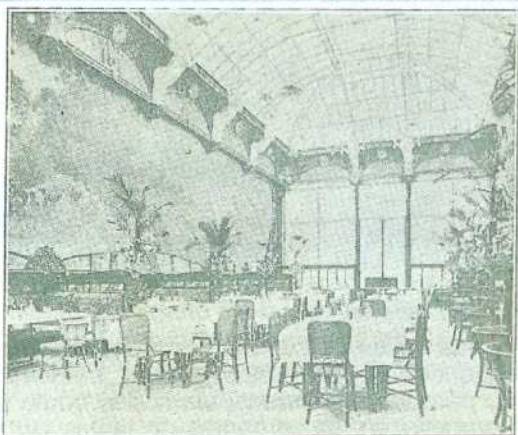
Derecha:  
— Escenario del Kursaal.  
— El público presenciando los espectáculos.



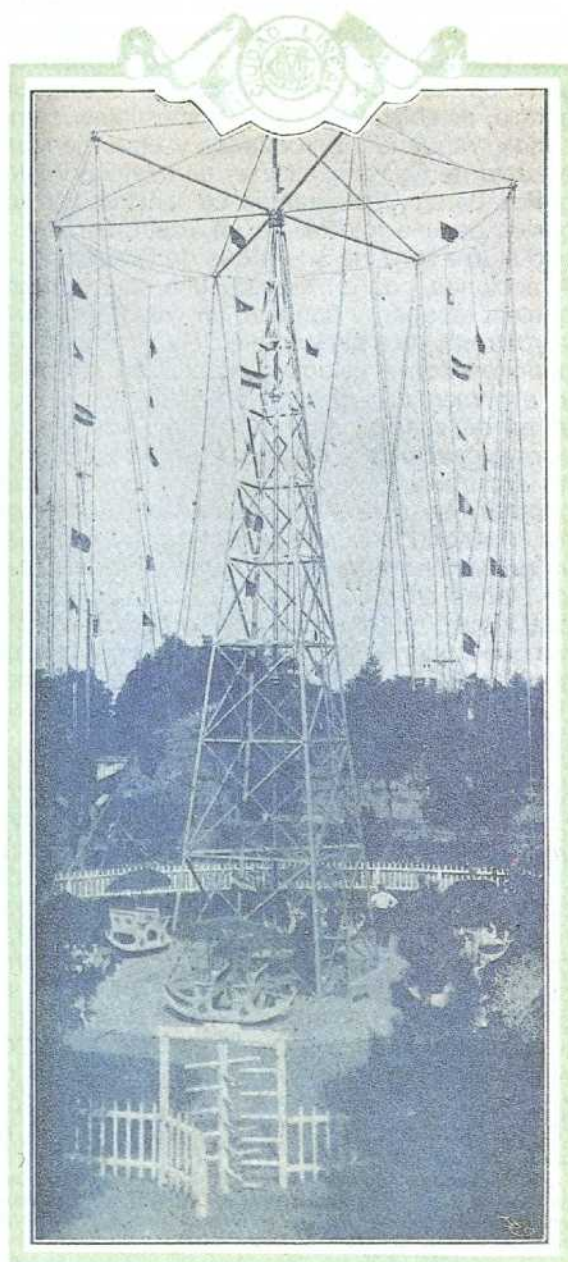
Vista general  
del parque de  
Diversiones.



- Izquierda:
- Automotor haciendo el recorrido de Ventas-Teatro.
  - Vista parcial del Salón Restaurante.
  - Bar al Aire libre.



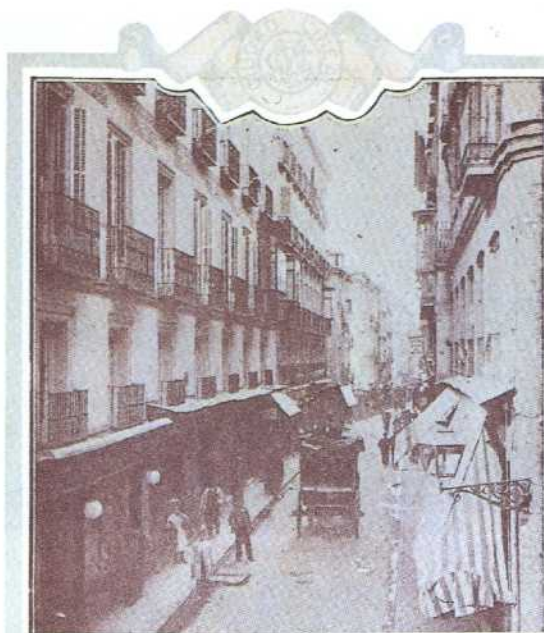
- Derecha:
- Máquina voladora en el Parque de diversiones.





bre de Enseñanza, que Joaquín Costa o Lucas Mallada, quería remediar los «Males de la Patria», hacer que España fuese más culta y próspera, que el mundo fuese más pacífico, armonioso y progresivo. Corolario de todo ello era la urbanización de la ciudad, el vertebrar la población por medio de un eje viario principal, una calle única prolongada de manera indefinida, en la que circulase el tranvía, el dotarla de una infraestructura indispensable de agua y luz eléctrica propias, hacer que dispusiese de locales y servicios comunitarios propios, aptos para el desarrollo de la vida social, el convertirla en una ciudad autosuficiente y autónoma. En principio y en muchos aspectos la Ciudad Lineal era superior a cualquier otro barrio del centro de Madrid, ya que sus habitantes disponían en ella de todo lo necesario para desarrollar su inteligencia y sensibilidad: leer un periódico propio, ver teatro y cinematógrafo, oír conciertos, asistir a conferencias, tomar clases de idiomas y aprender música, practicar deportes, además de disponer de servicios médico-farmacéuticos, clínicas de urgencia, establecimientos de comestibles, carnicerías, vaquerías, carbonerías y otras tiendas, estafeta de Correos, oficinas de teléfono y telégrafos, bares y restaurantes. La construcción sucesiva de una iglesia, de un Teatro-Escuela y otro al aire libre, de un Parque de Diversiones o Atracciones, con un Kursaal, una sala de banquetes, tobogán y carrusel, un velódromo para las carreras de a pie y en bicicleta, un campo de deportes, con un estadio de fútbol y un aeropuerto, el primero civil de Madrid, para la navegación aérea de vuelos con y sin motor, además de otros proyectos no realizados (Universidad, metro suburbano), hicieron que la Ciudad Lineal constituyese un asentamiento humano excepcional en Madrid, que fuese algo así como una nueva población de un nuevo mundo, una especie de ciudad americana, del Nuevo Continente, el cual inspiró en parte a Arturo Soria, que, lo mismo que Ildefonso Cerdá, admiraba la obra de los conquistadores y pobladores españoles de América y a la vez estaba al tanto de todo lo que se hacía y pensaba en Norteamérica (6).

Gracias a Arturo Soria, según Roso de Luna, la Ciudad Lineal, antítesis del Madrid viejo, tético y pésimo de los Austrias, había logrado convertir en un jardín las devastadas afueras de Madrid, «apestosas como un aduar marroquí», de campos talados y amarga melancolía. La periferia de la capital de España, que Angel Fernández de los Ríos quería transformar en un ameno cinturón de verdura, seguía siendo a fines del siglo pasado un desolado paisaje de desmontes y terrenos incultos. Para Lucas Mallada, en 1890, al extranjero que llegaba a Madrid no le anunciaban «la proximidad a la capital de la nación ni grandes fábricas y talleres, ni lindas aldeas, ni



Una calle de las céntricas de Madrid.



Una calle de la Ciudad Lineal.

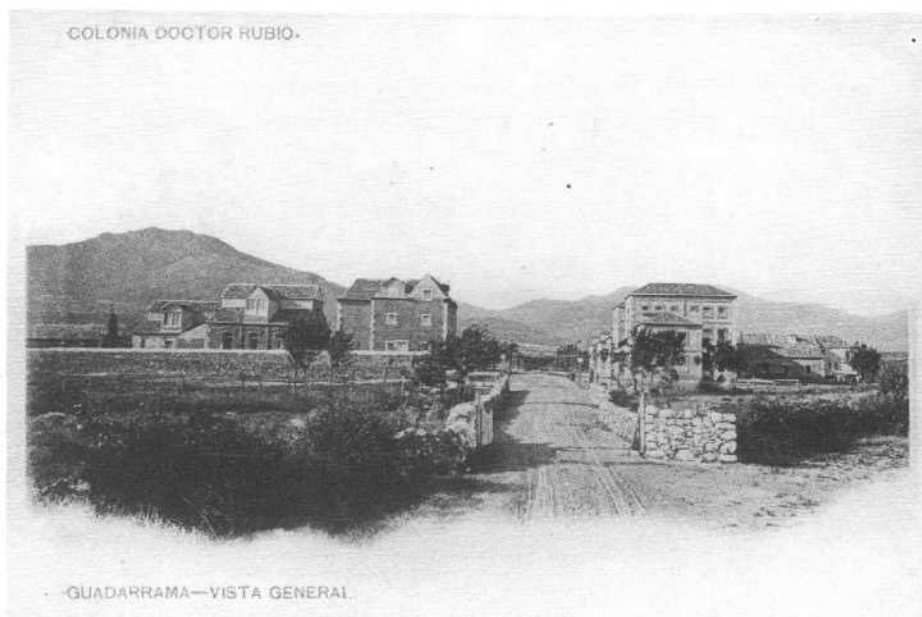
graciosas casas de campo, cercadas de flores, ni bosquecillos, arroyuelos, isletas, caídas de agua, parques, estanques, alamedas como las que embellecen las cercanías de tantas ciudades extranjeras. La imagen era la de la yerma meseta» (7). Arturo Soria escribía: «Mirad los alrededores de Madrid desde cualquier sitio elevado. No veréis más que sierras peladas, áridas planicies», y se preguntaba por qué las acequias del Canal de Lozoya no habían convertido «a las cercanías de Madrid en sitios amenos llenos de arbolado». Al igual que sus coetáneos John C. Olmsted o Henri George, pensaba que el ciudadano nuevo y democrático era contrario al haci-

(6) A propósito de esta influencia sobre el urbanista catalán Cerdá, véase A. BONET CORREA, «Ildefonso Cerdá, el Padre Caramuel y el urbanismo hispanoamericano», en el vol. *Urbanismo e Historia Urbana*, Universidad Complutense, Madrid, 1979.

(7) Lucas MALLADA, *Los males de la patria* (1890), ed. de Alian-

za Editorial, Madrid, 1969, p. 18. Para Angel FERNANDEZ DE LOS RÍOS, véase *El Futuro Madrid*, Madrid, 1868, edición facsímil con introducción de A. BONET CORREA, *Los libros de la frontera*, Barcelona, 1975, 2.ª ed., 1989.





namiento, partidario de la vida familiar y tranquila, en las áreas dulces y más libres de la naturaleza (8). Pero para lograrlo había que transformar el campo, en España históricamente abandonado y devastado por la mano del hombre zafio e inculto, el machadiano hijo de Caín. Con el fin de poner remedio a la erosión y desertización y celebrar la terminación de la traída de aguas, Arturo Soria, con el arquitecto Mariano Belmás, instituyó la Fiesta del Arbol, lanzando un programa de plantación de 30.000 árboles, en especial coníferas. Al igual que el norteamericano «Arbor Day», la Fiesta del Arbol, desde 1899, para los habitantes de la Ciudad Lineal al llegar la primavera se convirtió en un acontecimiento, en una

fiesta anual en la que, además de las plantaciones realizadas por los ciudadanos lineales, se celebraban competiciones al aire libre y otras actividades comunales. Al sentido lúdico y la exaltación propia de la nueva estación se unía el amor a la naturaleza. Periódicamente se publicaban fotografías para mostrar los progresos hechos en la arborización. La creación de un manto vegetal que proporcionase umbría e hiciese más propicio al hombre el paisaje natural y urbano, era así un deliberado objetivo.

Arturo Soria y Mata, como otros muchos hombres de su tiempo, creía que la salvaguardia del individuo se lograba a través del contacto con el paisaje natural unido a la vida social. Al igual que

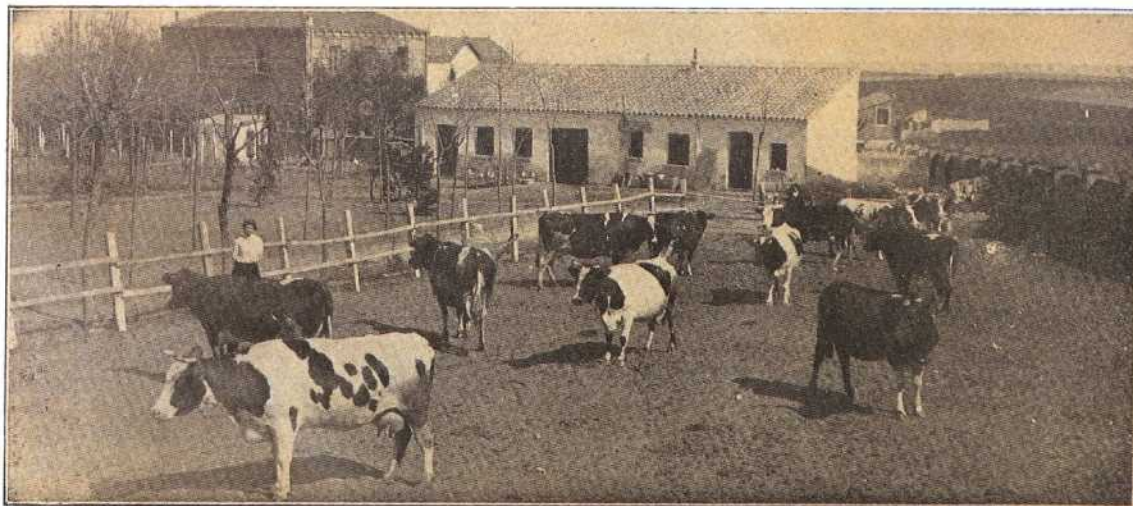
(8) Sobre la influencia en España de Henri GEORGE, el autor de la *Doctrina del impuesto único* (traducido al español, Barcelona, 1918), véase la tesis de Ana María MARTÍN URIZ, publicada en extracto por la Universidad Autónoma de Barcelona, 1981. Sobre la im-

portancia del pensamiento de Olmsted, véase de Francesco DAL CO «De los parques de la región. Ideología progresista y reforma de la ciudad americana», en el vol. colectivo *La Ciudad Americana*, Biblioteca de Arquitectura, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1975.





Cerámica Victoria, fábrica de ladrillos en el Cerro del Aire.



Vaquería de D. Alonso Saavedra, en la calle María Lombillo, manzana 96.

la hoy desaparecida Colonia del Doctor Rubio, fundada por aquellos años en la villa de Guadarrama, al pie de la Sierra madrileña con fines de carácter sanitario, para enfermos del pecho y personas de salud delicada, deseosos de pasar en la montaña los calores del estío, la Ciudad Lineal disponía no sólo de los edificios comunitarios suficientes, sino que se programaban las reuniones y fiestas que servían de solaz y educación de sus habitantes (9). Algo parecido fue

también lo que intentó hacer en Barcelona el famoso Doctor Andreu. Su creación del Parque de Atracciones en el Tibidabo no sólo quería proporcionar diversión a los habitantes de la gran ciudad, sino convertirse en un lugar de residencia en las montañas cercanas al antiguo centro urbano. En la Ciudad Lineal no faltaban los entretenimientos y ocasiones para cultivar el espíritu: conciertos de música moderna —sobre todo compositores franceses como Berlioz, Saint-

(9) El Doctor Federico RUBIO Y GALI, que nació en el Puerto de Santa María (Cádiz) en 1827 y falleció en Madrid en 1902, fue una de las figuras más brillantes de la medicina española de la segunda mitad del siglo XIX. Autor de un *Manual de Clínica Quirúrgica* (1849), publicado antes de graduarse en medicina en Cádiz, fue médico en Sevilla, en donde además de adquirir fama de gran cirujano, se relacionó con los ambientes intelectuales y políticos más progresistas. Amigo de Federico de Castro, el discípulo del krausista Julián Sanz del Río, en 1863 publicó *El libro chino*, y en 1864, *El Ferrando*, en donde expresó sus ideas filosóficas. Radical en política, tuvo que exiliarse en 1860 y 1864, lo que le sirvió para completar su formación científica en Inglaterra y Francia, respectivamente. En 1873 volvió a Londres y viajó por los Estados Unidos de Norteamérica. En 1870 fijó su residencia en Madrid, en donde desarrolló una importantísima labor cien-

tífica y médica, fundando instituciones médicas muy renovadoras como el Instituto de Terapéutica Operatoria y la Escuela de Enfermeras Santa Isabel de Hungría. Gran cirujano, fue un innovador en las técnicas quirúrgicas. Por otra parte, fue uno de los primeros teóricos en Europa de la patología social. Sus libros como *La Felicidad*, *Primeros ensayos de patología y de terapéutica social* (1894), publicados con el seudónimo de Doctor Ruderico, lo ligaron a las preocupaciones sociales manifestadas por Arturo Soria. También la colonia sanitaria de Guadarrama ofrece gran paralelismo con la Ciudad Lineal.

Existe una bibliografía sobre el Dr. Rubio que se recoge en la obra de J. M. LOPEZ PINERO y otros *Diccionario histórico de la Ciencia Moderna en España*, Ediciones Península, Barcelona, 1983, vol. II, pp. 268-272.



*Sala de espera en las Ventas para viajeros de las líneas de Ciudad Lineal-Canillejas.*



*Uno de los kioscos contruidos en la calle principal para el servicio de teléfono y vigilancia.*

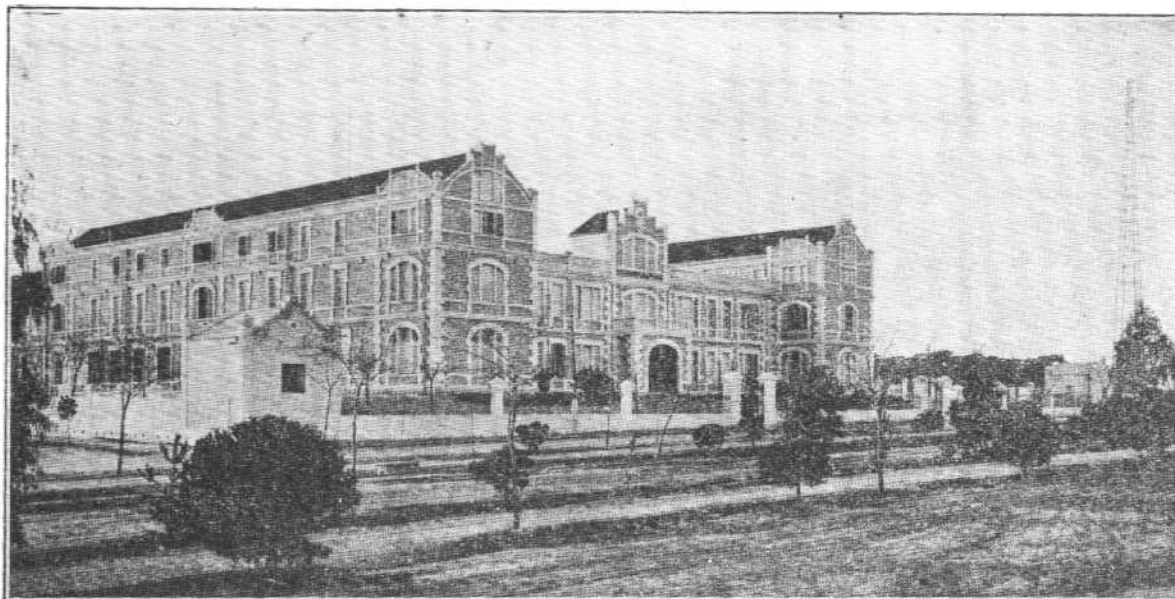


Saens o Massenet y el teutón Wagner—, conferencias literarias y científicas, sesiones de teatro y circo, banquetes y otros actos colectivos constituían un calendario inteligente y bien dosificado. La actuación de coros, como el de Clavé, y los concursos infantiles de carácter recreativo y educativo iban a la par que las competiciones deportivas en las que las carreras de bicicletas y el fútbol eran preferentes. El habitante de la Ciudad Lineal podía estar además al corriente de las novedades científicas y técnicas que figuraban en las columnas del periódico editado por y para él. Pertenecer a su vecindad era participar de un espíritu nuevo, el sentir que individualmente se contribuía a construir una sociedad más culta y perfecta.

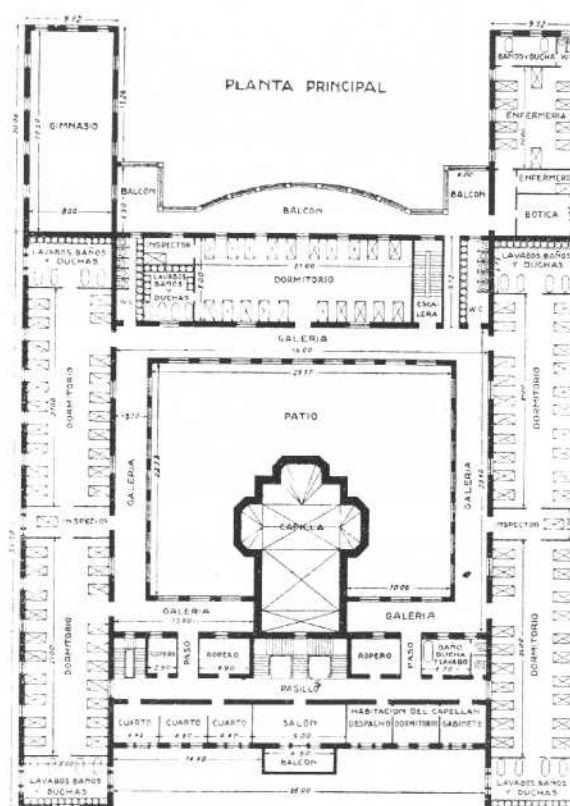
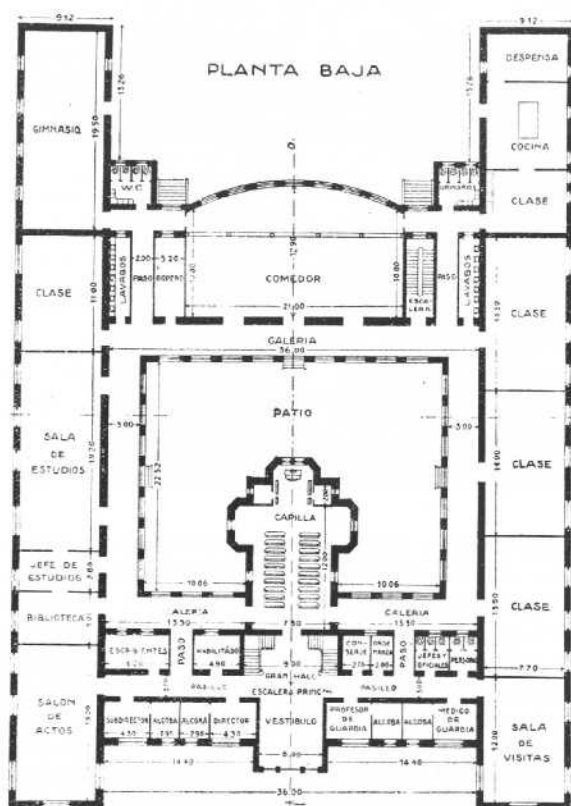
Los edificios contruidos para los servicios y actos comunitarios pertenecían a una arquitectura apta para la función a la que se les destinaba a la vez que a su utilidad unían las calidades de belleza y el valor simbólico necesario para señalar su categoría de lugares colectivos.

La tejería y ladrillería, la «Cerámica La Victoria», con sus hornos y edificio horizontal de naves de tipo basilical, o las vaquerías como La Merced, de rústicos edificios y rediles de cercas de valladas, proporcionaban al paisaje el aspecto entre industrial y bucólico-campestre deseado. La Fábrica de electricidad, de alta chimenea de ladrillo, y la Imprenta, ambas de sobrios edificios con interiores de grandes salas de esbeltas columnas de hierro fundido y modernas maquinarias, completaban el panorama de tipo mecánico. En la calle principal, los graciosos kioscos para el tranvía, con sus acristaladas salas de espera, las garitas de vigilancia, con el llamado Fortín o el neoárabe de Teléfonos, las farolas y demás mobiliario urbano comunicaban un aire entre elegante y burgués a la amplia y arbolada avenida. La iglesia neogótica y el modernista tro al aire libre, lo mismo que los espacios abiertos del Velódromo y el Estadio completaban el conjunto urbanizado. La alta máquina voladora de





Edificio del Colegio de Huérfanos de la Armada, construido por la Compañía Madrileña de Urbanización en la calle Arturo Soria, manzana núm. 67. Vista y Planos de la planta baja y principal.

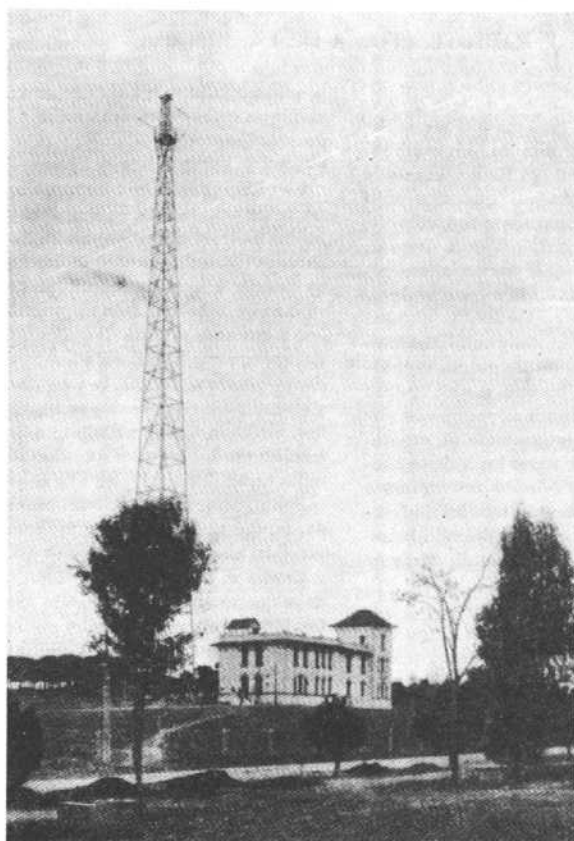


hierro y empinada espiral del tobogán, lo mismo que el edificio del Kursaal convertían a la Ciudad Lineal en una especie de viénés Prater en miniatura. En el Casino, con sus terrazas, en el bar del Teatro o en el gran Restaurante, de muros y techos de cristal, con su interno jardín de aclimatación y sus grandes paneles de pintura mural de tipo floral, se respiraba un ambiente confortable, acorde con las flexibles y rítmicas si-

nuosidades de decoración modernista. Completa, poco a poco, la Ciudad Lineal con edificios cada vez más ambiciosos y de mayores dimensiones como el Colegio de Huérfanos de la Armada y la Estación de Radiotelégrafos y Radiotéfonos de la misma, lo que antes eran barojianos campos, ásperos, yermos y abandonados desmontes se iban civilizando y amenizando, haciendo que cada vez fuese más grata la estan-



Vista de la Estación Radiotelefónica de la Marina, situada en la manzana núm. 67 de la Ciudad Lineal.



N.º 45. MADRID (CIUDAD LINEAL).  
CASA DEL OBRERO  
D. JOSÉ RUBIO MOYA. MANZANA 60.



CIUDAD LINEAL  
SERIE I. Uno de los hoteles de la calle principal. (Manzana 73).

cia para los que optaban por vivir en el marco ajardinado creado por la «Compañía Madrileña de Urbanización» (10).

En la arquitectura doméstica o individual las construcciones de la Ciudad Lineal eran de lo más heterogéneo. Lo que era rigidez o rectitud en la planta se perdía en el alzado, en el que, dentro de los límites de una sobriedad propia de la mentalidad de los que allí habitaban, se producían los más diferentes gustos de carácter individual. En primer lugar, existían varias categorías de solares y construcciones según las fortunas y clases sociales. Desde el hotel, pasando por la villa hasta la casa modesta del jornalero, se daban allí los diferentes tipos y estilos desde el clásico palacete de estilo ecléctico o el hotel modernista hasta el chalet de tipo nórdico de inclinados tejados y ventanales acristalados a lo inglés, contruidos en piedra o cemento. En las casas obreras, la edificación de planta cuadrada era de ladrillo. Según fueron evolucionando los tiempos también fue cambiando la arquitectura de la Ciudad Lineal que, en 1936, antes de la úl-

tima guerra civil, era una especie de muestrario de estilos arquitectónicos que abarcaba tanto el ecléctico historicismo y pintoresquismo finisecular y del modernismo de principio de siglo como la arquitectura racionalista de los años treinta.

Lo más avanzado en cuestión de vivienda, tanto de lujo como barata, se llevó a cabo en la Ciudad Lineal. El arquitecto Mariano Belmás Estrada, fundador de la compañía «La Constructora Mutua» y de la revista *La Gaceta de Obras Públicas* y autor de un tipo de construcción económico de casas para obreros, fue el primer arquitecto que trabajó al lado de Arturo Soria (11). Sus discípulos Ricardo Marcos Bauzá, autor del Teatro modernista, Jesús Carrasco, de la iglesia (1899-1904), y Ricardo García Guereta, de varios de los hoteles de lujo, fueron los principales constructores de la nueva urbanización. Sus obras, igual en la Ciudad Lineal que en el centro de Madrid, marcaron con su novedad el estilo de un barrio o parte de la ciudad, que difería en mucho por su modernidad del resto de la población madrileña (12). En su segunda etapa, a partir de

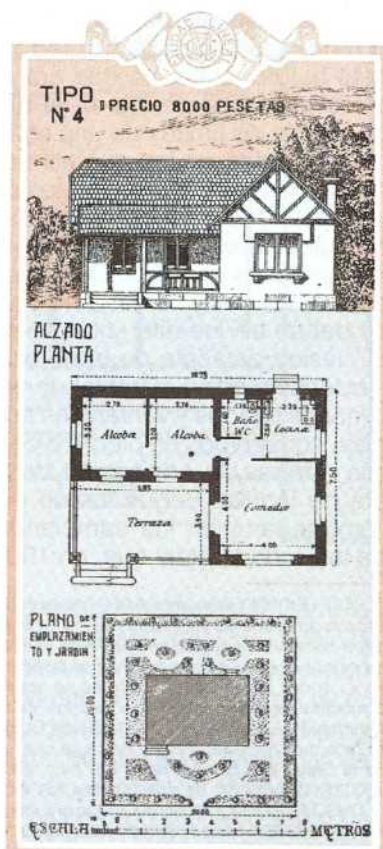
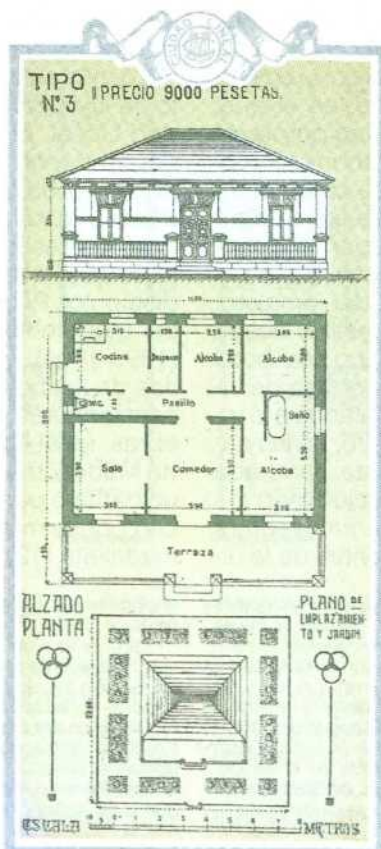
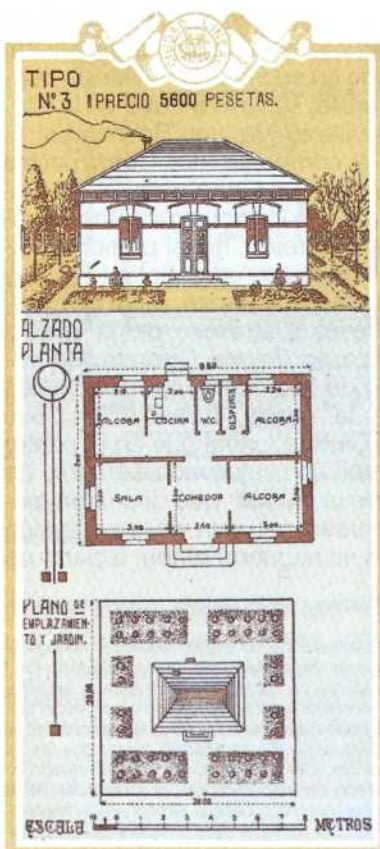
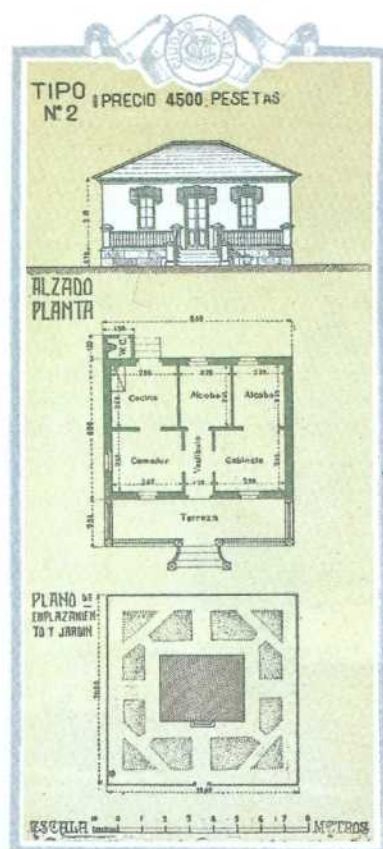
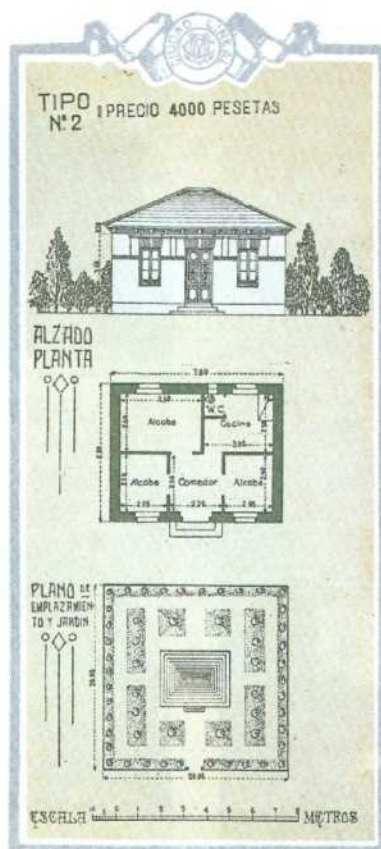
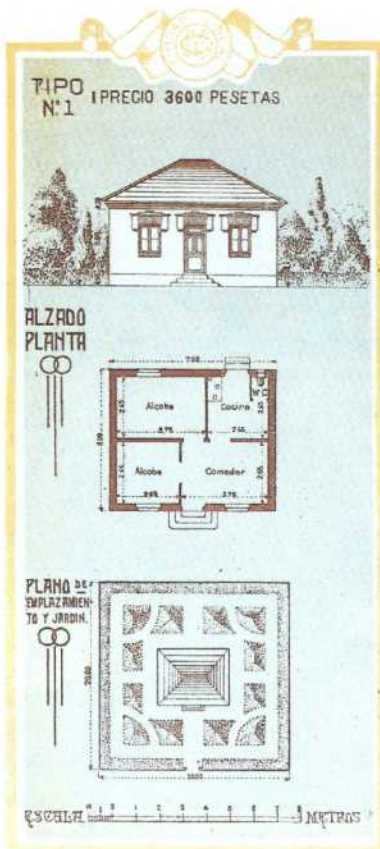
(10) En 1911 eran unos 4.000 habitantes. Según la enciclopedia Espasa gracias a las facilidades de comunicación «se nota de día en día el aumento de gentes que prefieren vivir la vida tranquila de campo rodeados de huertos y jardines, al bullicio del centro de Madrid», en «... lindos hoteles, en los que no se echa de menos el lujo y las comodidades más refinadas, rodeados de vegetación y ambiente agradable». En el volumen de la Guide BLEUE *Espagne* (ed. 1927) se dice que la Ciudad Lineal, desde la cual se disfruta la mejor vista de la Sierra del Guadarrama, era muy frecuentada en el verano.

(11) Acerca de Belmás, véanse los artículos de José Ramón ALONSO PEREIRA, «Mariano Belmás arquitecto de la Ciudad Lineal», y Angel ISAAC, «Ideal arquitectónico y alojamiento obrero», en el Primer Congreso Nacional de Arquitectos de 1881, publicados ambos

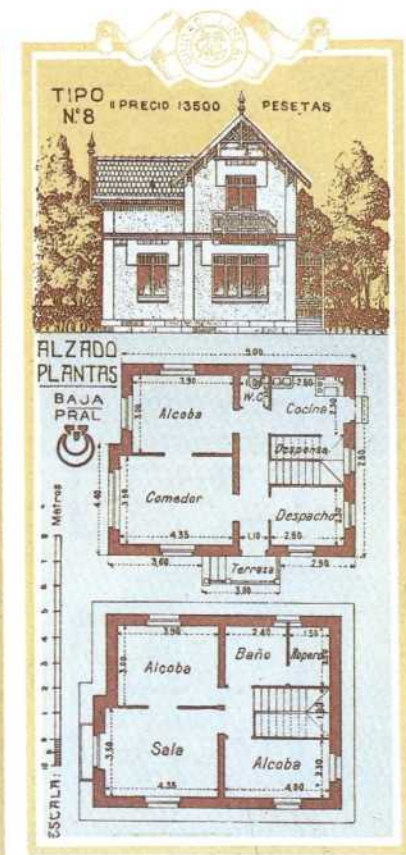
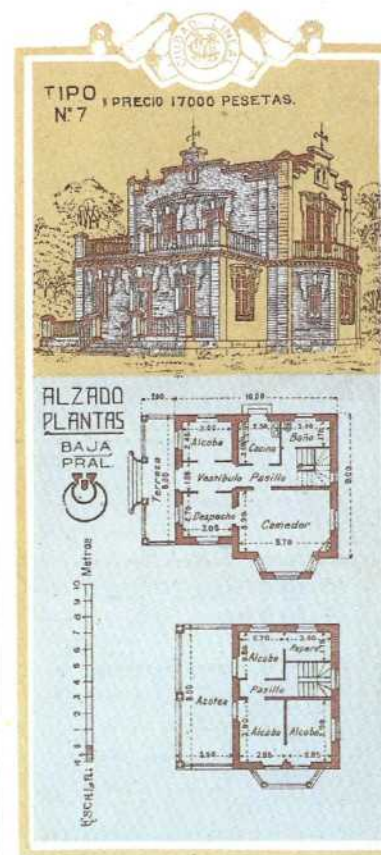
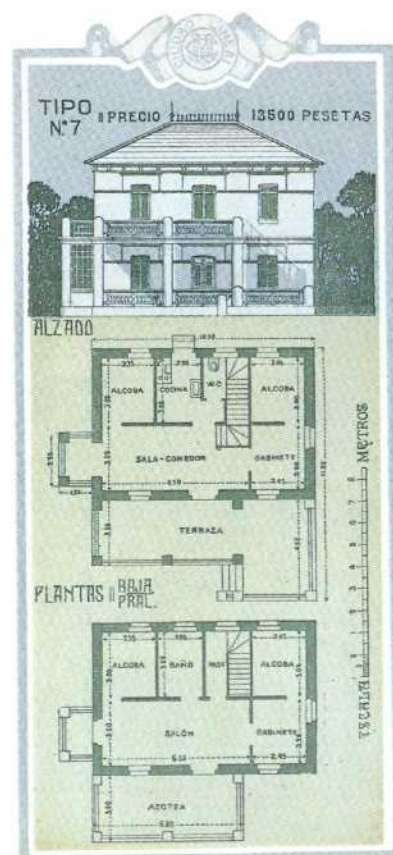
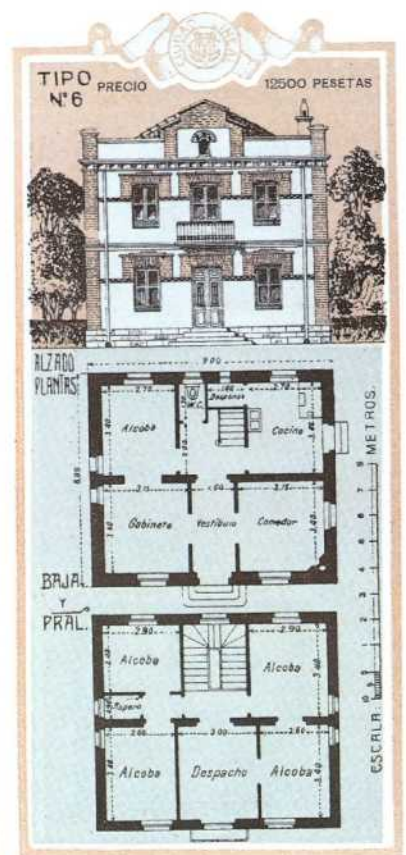
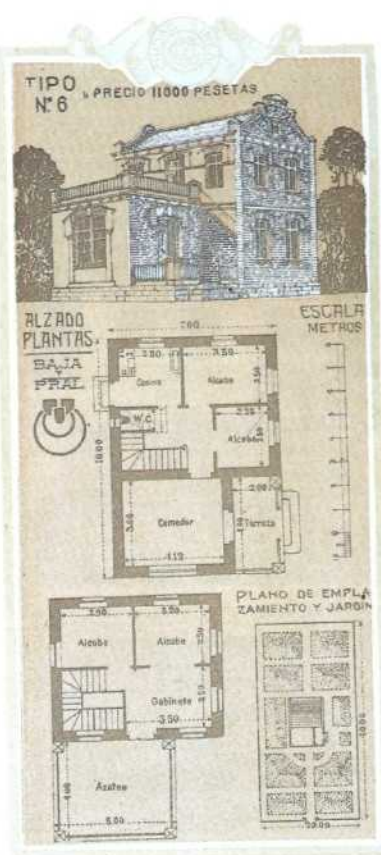
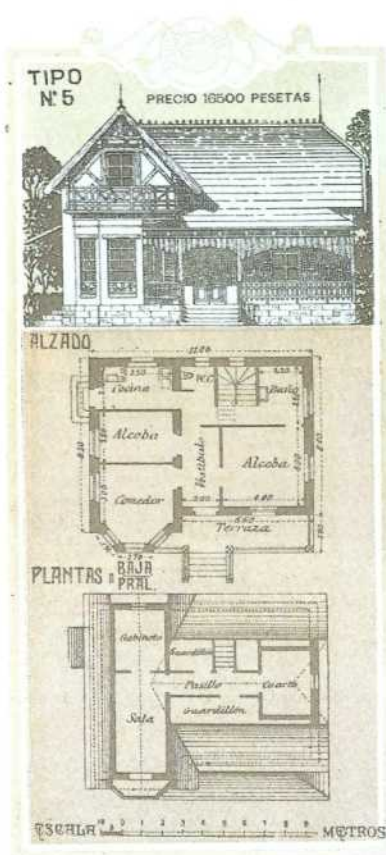
en *Arquitectos*, Consejo Superior de Arquitectos, número de julio-agosto de 1982.

(12) Acerca de estos arquitectos no existen estudios monográficos. Sólo recordemos aquí de Jesús Carrasco que con Ricardo García Guereta trabajó en la iglesia de Santa María Magdalena, las «Recogidas» en la calle de Hortaleza, en 1903, presentó un proyecto que fue escogido entre siete de los que se consideraban mejores en el Concurso Internacional para el Casino de Madrid. Suyos son las interesantes construcciones del edificio «Nuevo Mundo», levantado en la calle Larra en 1907, sede del periódico *El Sol* y después de la guerra de Arriba y del Hotel Victoria o edificio Simeón en la madrileñísima Plaza de Santa Ana. Sin duda, la obra principal de este interesante arquitecto religioso, autor también de la iglesia y convento del

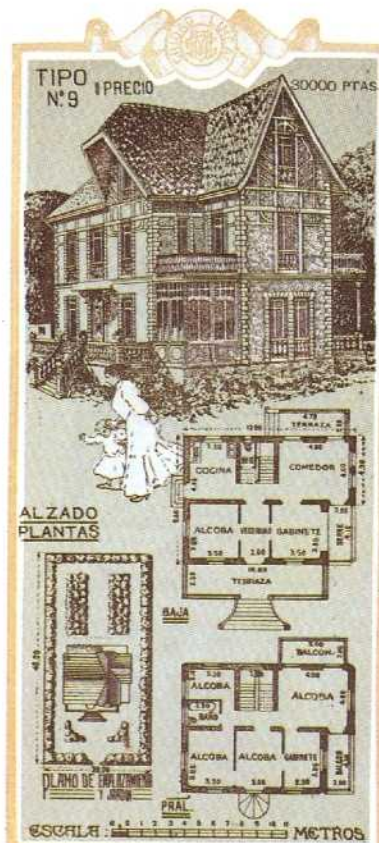
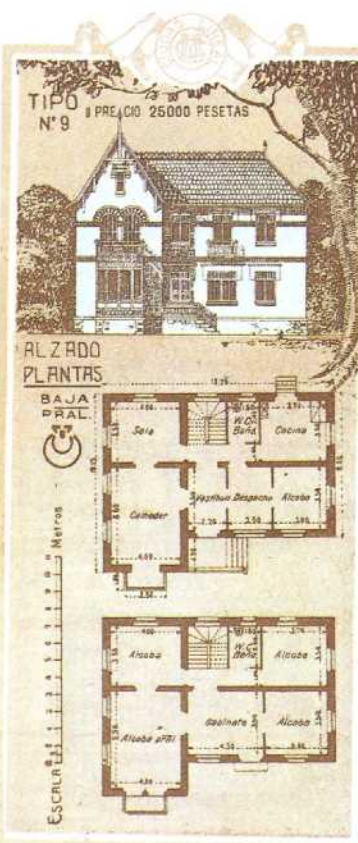
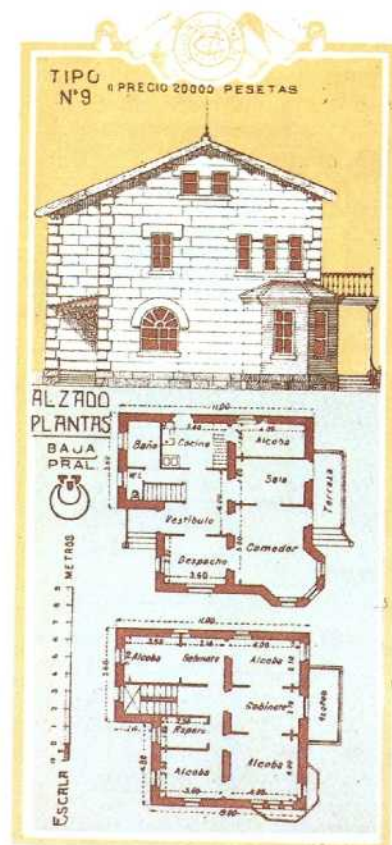
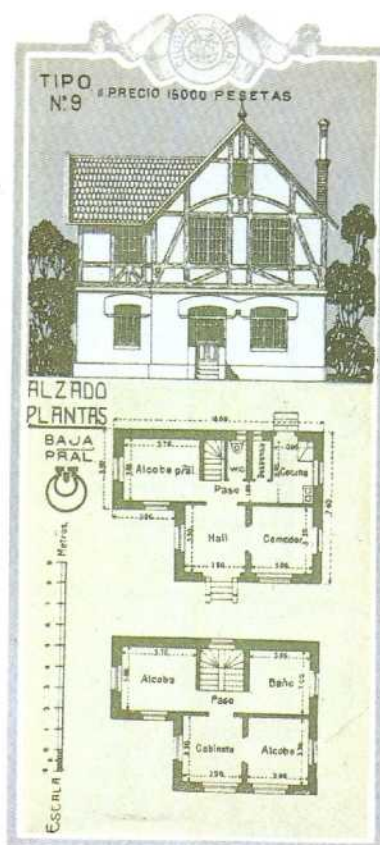
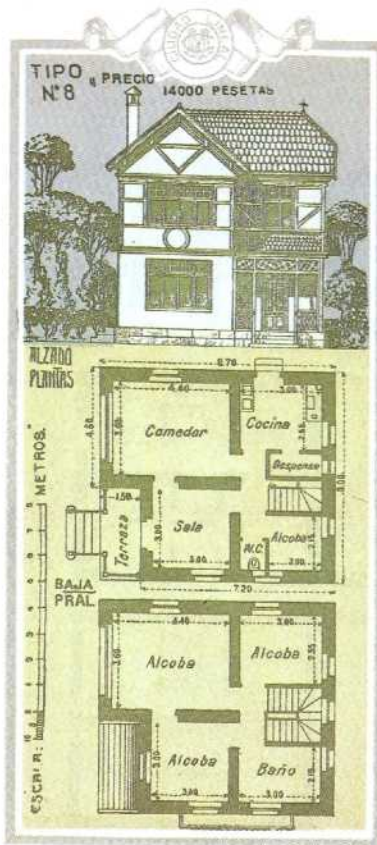




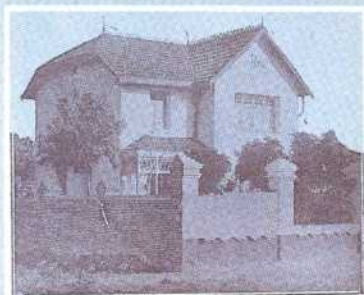
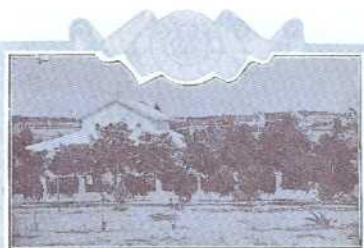






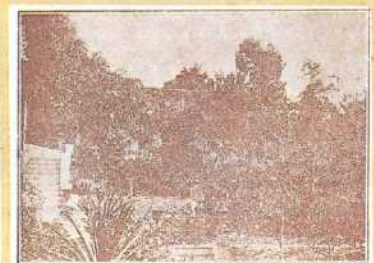
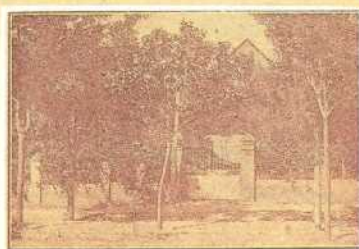
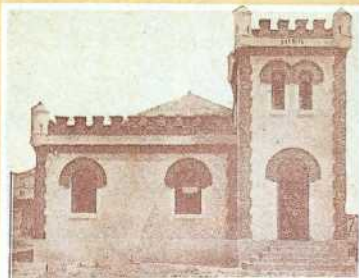
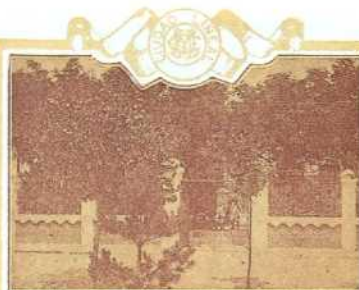






Manzanas

76 96 79  
96 82 77  
96 78



Manzanas

90 71 73  
83 82 74  
91 73



Ejemplo de  
viviendas  
construidas.





JARDÍN DE UN HOTEL DE LA CIUDAD LINEAL CUYO ARBOLADO ACUSA LA FACILIDAD DE SU CONVERSIÓN EN PARQUE

la muerte de Soria, discípulos suyos como don Hilarión González del Castillo mantendrán vivo el espíritu de una búsqueda de una arquitectura singular, contraria al bloque plurifamiliar de pisos de anodina arquitectura. Precisamente, González Castillo combatió el madrileño afán de construir los primeros rascacielos, que se simbolizaban en el Titanic de Cuatro Caminos.

Soria, teórico y seguidor de todo lo nuevo, debía sentirse satisfecho al ver ir poblándose de edificios modernos su ciudad ajardinada. Muy significativo es leer su artículo «Virtudes Medicinales de la Belleza», recogido en el volumen *Filosofía Barata*. Tras proclamar: «¡Soñemos alma, soñemos!», Soria describe lo que considera la mansión ideal. Su texto no puede ser más anticipador. «Una vivienda lujosísima, pero sin bibelots ni garambainas antiguas y modernistas, el lujo de la sencillez y del gusto exquisito que tiene por base fundamental el proporcionar el mayor número de comodidades y de ventajas con el mínimo de esfuerzo proveyéndonos de habitaciones, de mobiliario, de utensilios, efectos y maquinarias que nos libren de los molestos contactos del servicio doméstico.» Lo mismo que su coetáneo Francisco Giner de los Ríos, piensa que el mobiliario y el interior más bello es el más sencillo y pulcro (13). Contrario a las modas efímeras, cree que «el adorno principal de la vi-

vienda consistirá en las grandes obras de la naturaleza, los árboles, las plantas y las flores y en la reproducción de las obras de los artistas más famosos». Por medio de tal mansión y de una vida culta y educado refinamiento espiritual se lograría habitar en un «paraíso, no fantástico sino real y positivo», pues el goce sería continuo, sin cansar, «porque una serie de placeres, todos ellos artísticos, sabiamente combinados no daría lugar al aburrimiento». Estamos seguros que don Arturo, absorbido por su obra y su despierta curiosidad intelectual de pitagórico sabio, sus especulaciones, sus poliedros e inventos, nunca se aburriría.

Si se recorren las páginas de la revista *La Ciudad Lineal*, se puede muy bien seguir la vida y el aspecto sucesivo que tuvo ésta desde que se fundó hasta su último momento de esplendor o vida bajo la «Compañía Madrileña de Urbanización». De los primeros chalets todavía en descampado, con algunos raquícos árboles plantados a su alrededor, se pasa a los que, rodeados de umbrosas sombras, presentaban un aspecto ameno y agradable. Las leyendas al pie de sus fotografías son dignas de ser leídas: «Precioso hotel... construido con piedra de Colmenar Viejo...», «Hotel burgués... la hermosura del arbolado es digna de admirar...», etc. Algunas tienen un texto más explícito, como «Preciosa terra-

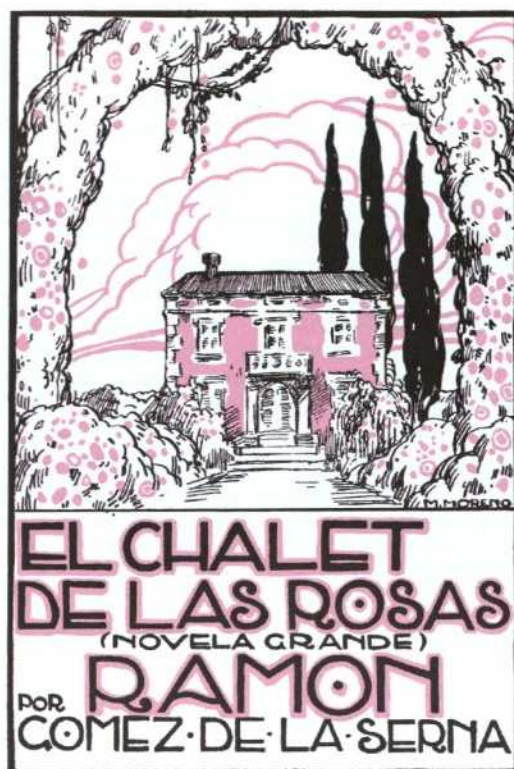
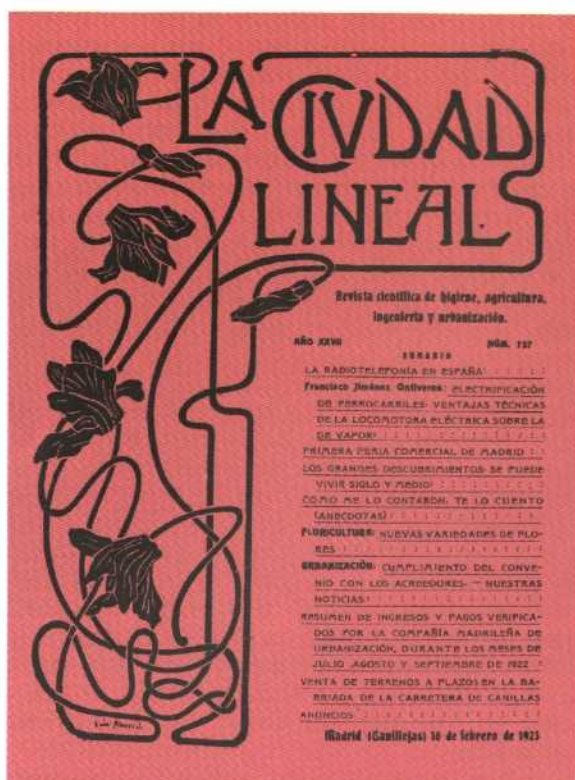
Cristo de Medinaceli, además de intervenir en la iglesia de la Concepción de la calle Goya, es el Templo Nacional de Santa Teresa de Jesús y convento de los padres Carmelitas descalzos de Madrid. Situado espectacularmente al fondo de la plaza de España es una especie de fortaleza neogótica, neomudejar y modernista. Construido entre 1916 y 1923, en hormigón armado, con su inacabado aspecto

de ciudadela o castillo, su autor quiso con ella simbolizar el espíritu de las *Moradas de Santa Teresa*.

(13) Francisco GINER DE LOS RÍOS, *El mobiliario*, en el vol. XV de las *Obras Completas. Estudios sobre Artes Industriales y Cartas Literarias*, Madrid, 1926, pp. 5-17.



Portadas de la  
Revista «La  
Ciudad Lineal»  
(febrero 1923)  
y del libro *El  
Chalet de las  
Rosas* (Editorial  
Sempere,  
Valencia, 1923).



za de una magnífica finca, situada en la manzana 71, donde la familia que la habita pasa ratos felicísimos contemplando el hermoso jardín que rodea la vivienda». En su fotografía vemos a unos niños pulcramente vestidos acompañados por su madre. Uno de los niños, sostenido amorosamente por su progenitora, está sentado sobre la baranda de bellos balaustres ornada con una escultura en el poyo o machón. Otro infante, de más edad, está a horcajadas sobre la barandilla y se agarra a la esbelta columna que sostiene una florida pérgola que da sombra al grupo. En otra ilustración vemos a una señora joven que, vestida de blanco, con una sombrilla también blanca, posa a la puerta de su propiedad «cercada de seto vivo». Igual sucede con los obreros, vestidos humildemente, pero que posan orgullosos ante sus jardineras llenas de enredaderas. También los comerciantes bigotudos y tiesos posan tras el mostrador de su tienda, mostrando su satisfacción de ser «ciudadanos lineales».

El contraste entre el centro lleno de vida y movimiento y la quietud y paz de la Ciudad Lineal tenían que llamar la atención de los madrileños de la época. Las gentes pudientes preferían todavía vivir en el centro, en el barrio del Palacio Real, Calle de Atocha o la Carrera de San Jerónimo. Un testimonio literario significativo es el del escritor Corpus Barga, el cual, en sus *Memorias Las Delicias* (*Crónica de la vida madrileña de hacia 1906*), a propósito de un amigo suyo, dice

que «vivía en una casa nueva y triste, de esas que en el desarrollo de las ciudades por los sitios pobres se construían haciendo toda clase de economías, con lo estrictamente necesario en las que había que vivir, ya se sabía de antemano, con estrechez» (14). En una ciudad de aristócratas y funcionarios, en las que pocas personas tenían el dinero suficiente para pagarse un coche «simón» en el que salir a respirar el aire de la Moncloa, aún eran más escasas las que se aventuraban a construir en el extrarradio. Únicamente los nobles y los potentados levantaban en la Castellana sus elegantes palacetes.

También algunos nuevos ricos, para adquirir cierto lustre y porte aristocrático, construían una mansión unifamiliar, con jardín. Ejemplo típico es el de la familia burguesa que retrata Carmen de Burgos (Colombine), escritora íntimamente ligada a Ramón Gómez de la Serna, en la novela corta *Villa María*. Construida en una zona de moderno trazado, «aunque estaba un poco en las afueras, no era un hotel de arrabal como los de los barrios apartados. Habían tenido suerte en encontrar aquel solar en el Paseo Nuevo: porque, aunque el Paseo Nuevo era tan largo que lindaba con aquellos barrios, el hotel no dejaba de estar en el centro mismo» (15). El Ensanche, en especial, en el barrio de Salamanca todavía no se había colmatado, quedando muchos solares vacíos y calles enteras sin construir. De repente la ciudad se acababa en pleno campo de sembrados o pedregales. Las desabridas afueras y el

(14) Corpus BARGA, *Las Delicias*, Barcelona, Buenos Aires, 1967, pp. 132-133.

(15) Hay una edición moderna con prefacio por Rosa ROMA, Emiliano Escolar editor, Madrid, 1977.



extrarradio no era para gentes civilizadas. Como muy bien decía Baroja, Madrid, Corte de España, era ciudad de contrastes que presentaba «luz fuerte al lado de sombra oscura; vida refinada, casi europea en el centro; vida africana de aduar en los suburbios» (16). Nadie sensato, a no ser un personaje raro y extravagante como el escritor Silverio Lanza, que vivía en Getafe, en un chalet rodeado de rejas electrificadas, tenía su domicilio fuera del centro de la capital (17). No es extraño así que aquéllos que durante el primer tercio del siglo XX vivían en las colonias de los incipientes barrios de ciudad-jardín fuesen considerados «socialistas», personas raras o un tanto fuera de lo normal. No es extraño así que en Zaragoza a la ciudad-jardín creada a principios de siglo en la subida de Cuéllar, cerca del Parque Pignatelli, junto al Canal de Aragón, popularmente se le conociese, tal como me lo contó García Mercadal, como «La ciudad de los Chiflados» (18).

Arturo Soria y Mata, contrario de los grandes bloques y rascacielos, que en 1883 había escrito que «los familisterios, las casas de vecindad, las fondas de familia, las casas mixtas para pobres y ricos y muchas otras creaciones ingeniosas contemplan el árbol del mal desde distintos puntos de vista y arrancan sus ramas», que firmemente creía que había que acabar con el hacinamiento y la falta de higiene de las grandes ciudades y alojar a los habitantes en casas unifamiliares, en contacto con la naturaleza urbanizada, lo que contribuiría a hacer mejor al hombre, a realizar la revolución desde arriba, nunca hubiera podido comprender la novela de Ramón Gómez de la Serna *El Chalet de las Rosas*. Ataques malevolentes de personas reaccionarias sí había recibido. Ya estaba acostumbrado a ellos. Pero que un escritor de vanguardia, que además era masón, opinase desfavorablemente de su creación urbana, probablemente le hubiese disgustado profundamente. Publicada en 1923, tres años después de la muerte de Arturo Soria y Mata, la novela de Ramón no influyó, sin embargo, en sus detractores. Novela de humor negro, en ella se relata la historia de un siniestro asesi-

no de mujeres, una especie de Landrú o Monsieur Verdoux «avant-la lettre», que aprovecha la soledad de la Ciudad Lineal para actuar criminalmente lejos de la curiosidad de las gentes. Ramón Gómez de la Serna, cuyo concepto de la novela era crear por medio de la narración un ambiente reverberante en una serie de explosiones atomizadoras y reveladoras de la «realidad», se interesó en gran manera por la arquitectura, y en especial, por Madrid (19). Escrita cuando poseía su casa «El Ventanal» en Estoril (Portugal), a la cual dedicó su novela *La Quinta de Palmira*, en la que la protagonista femenina huye por miedo a los vicios de la ciudad, *El Chalet de las Rosas* es, lo mismo que ésta, una novela en la que una casa solitaria es el personaje principal, convirtiéndose en un objeto obsesivo del escritor, quien entre el estado anímico del individuo y el mundo que lo rodea establece una orgánica correspondencia. Es el problema de *Las cosas* y «el ello» (1934), en el cual lo concreto y el subconsciente se entrelazan. El tema de la soledad, de la existencia plácida, la defensa contra el exterior, el tedio y el aburrimiento son motivo de inquietud, asaltando la mente de Ramón, obsesionado en este período de su vida por lo macabro (20).

Un personaje que pudo inspirar las ideas macabras que sobre la Ciudad Lineal tenía Ramón Gómez de la Serna fue, quizá, el novelista Felipe Trigo. Propietario de «un hotel claro, alegre, con paredes blancas, con grandes ventanales por donde entrar el sol y el aire», tal como nos lo describe Manuel Abril, Felipe Trigo construyó su casa unifamiliar con el deseo «de tener despejo de campo y tranquilidad de alojamiento» (21). Propagandista entusiasta entre sus amigos de la Ciudad Lineal, escribió en su mansión «Villa Luisiana» la novela *Jarrapellejos* (1914) y el libro de ensayos *Crisis de la Civilización* (1915). Aficionado a la carpintería y a la fotografía en color, estuvo durante tres años encerrado en su hotel particular, construyéndose estanterías y armarios y cultivando rosas. De repente surgió de sopetón, encontrándose en Madrid por todas partes. Pero de nuevo volvió a enclaustrarse entre las

(16) Pío BAROJA, *La Busca*, Madrid, 1904, p. 282.

(17) Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa (1856-1912) fue un «raro» que vivía en soledad sin tratar con sus vecinos. Vivía en la finca núm. 18 de la calle de Olivares en Getafe. Era la primera casa del pueblo, frente a un convento. Llena de numerosas plantas, aparatos de gimnasia y antropometría, estaba cruzada por numerosos cables que a manera de un sistema nervioso comunicaban todas las habitaciones y el exterior de la casa mediante una combinación de timbres y luces eléctricas. Parece ser que este dispositivo de protección contra los ladrones sonaba tan pronto se cernía una tormenta sobre la casa. Descrita por Ramón Gómez de la Serna y el Dr. Farre-ras era una mansión muy especial. El mejor estudio sobre Silverio Lanza sigue siendo el de Luis S. GRANJEL, publicado como introducción a su *Obra Selecta*, Ediciones Alfaguara, Madrid, Barcelona, 1966. Véase también José GARCÍA REYES, *Silverio Lanza: entre el realismo y la generación del 98*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1979.

(18) En este bello barrio bien conservado en el que quedan bastantes hotelitos de principios de siglo se encuentra la casa verde, de arquitectura racionalista, construida por Rafael Bergamín, hoy emisora de radio.

(19) No vamos a hacer aquí el recuento bibliográfico de Ramón GÓMEZ DE LA SERNA, que escribe libros sobre el Rastro, la Puerta del Sol, el Paseo del Prado y su famoso *Elucidario de Madrid*.

(20) Todavía no se ha estudiado a Ramón Gómez de la Serna

como escritor preocupado por la arquitectura y el urbanismo. Solamente se toca de pasada el tema en algunas notas del estudio de Carolyn RICHMOND para la edición de *La Quinta de Palmira*, Seleccion-es Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1982.

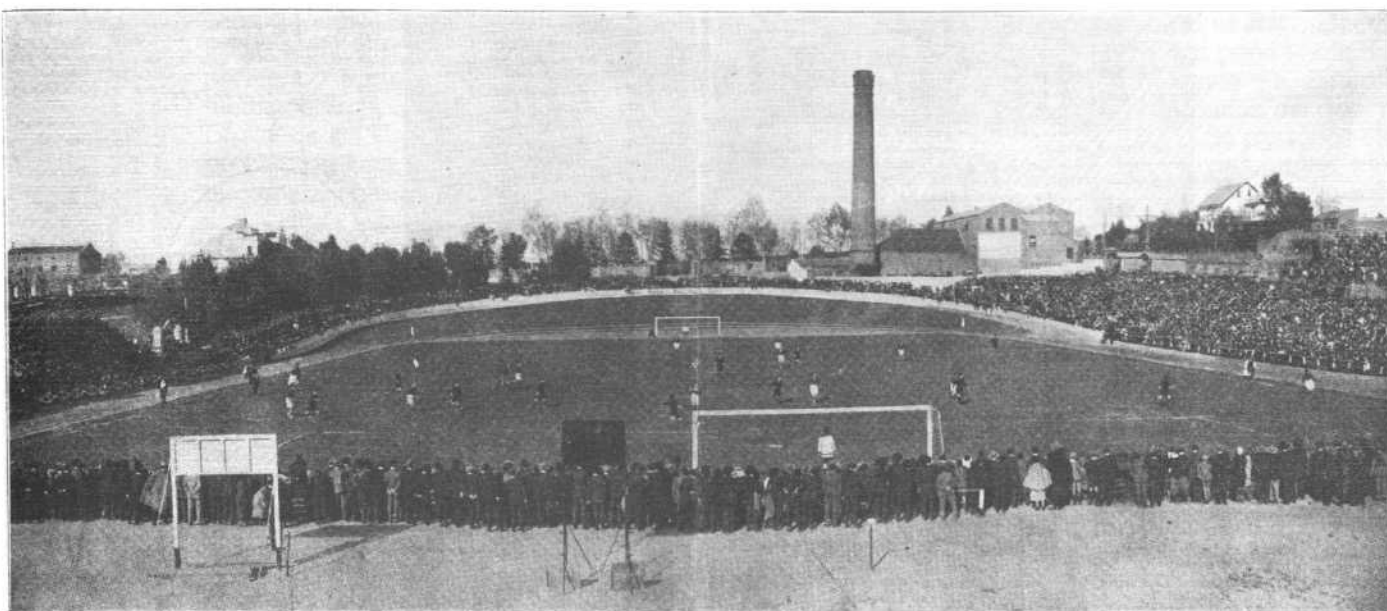
(21) Manuel ABRIL y Felipe TRIGO, *Exposición y glosa de su vida, su filosofía, su moral, su arte, su estilo*, Renacimiento, Madrid, 1917, pp. 74-75.

Según Abril, Felipe Trigo «se trasladó entonces a la Ciudad Lineal. Era la manera de tener despejo de campo y tranquilidad de alojamiento». Su mansión, en la que se dedicó a la carpintería y fotografía, era «un hotel claro, alegre, con paredes blancas, con grandes ventanales, por donde entra el sol y el aire; abajo el gabinete de trabajo de Trigo, lleno de máquinas fotográficas, y el cuartito de revelar, hecho exprofeso; el salón de billar y de música, el hall en la terraza, sobre el jardín; en el comedor otro pequeño hall confidente, con grandes cristalladas también sobre el jardín —el hermoso jardín con rosas frescas a diario, que venían a adornar los sombreros de las hijas—, y los inmensos y bellos eucaliptos sobre el cielo de Poniente.

Trigo podía contemplar todo ello terminado, construido bajo su dirección, ganado con sus obras; y en el hotel sus hijos todos...». Su hijo y homónimo Felipe Trigo fue más tarde arquitecto que trabajó en la Ciudad Lineal.

En su libro *Socialismo individualista* (1903), TRIGO expone su doctrina política y social que en gran medida es acorde a las ideas de Arturo Soria.





Aspecto del Velódromo de la Ciudad Lineal y campo de deportes del Real Madrid Fútbol-Club durante la celebración de uno de los interesantes partidos organizados por la importante Sociedad deportiva, al que concurrían unos veinte mil espectadores. En primer término las localidades de sillón y pases reservadas para los numerosos socios del Real Madrid F. C. - A la izquierda la gran tribuna de preferencia. - En toda la zona que limita la pista, las localidades de palcos, sillón y pases, y a la derecha las gradas y entrada general totalmente ocupadas. Al fondo la calle principal de la Ciudad Lineal, entre cuya arboleda se ven el Colegio de religiosos de María Teresa, dos hermosos hoteles de lujo y la fábrica de electricidad.

cuatro paredes de su chalet. La neurastenia que, según Manuel Abril, «es el achaque de los hombres de acción, y Trigo tenía que padecer forzosamente aquella enfermedad, por razones fisiológicas, morales, y hasta me atrevería a decir metafísicas», lo llevó a suicidarse con un tiro en la sien. Era el año 1916. En los medios intelectuales y artísticos madrileños la trágica desaparición de Felipe Trigo, cuyo cuidado dandismo se mezclaba a la de su faz un tanto mefistofélica, contribuyó a crear su fama de escritor un tanto diabólico. Trigo, que en su juventud había sido médico se convirtió tras su muerte en símbolo y estampa de la hiperestesia y el desequilibrio psíquico que produce la soledad excesiva en un hombre ansioso de la vida intensa.

A Ramón Gómez de la Serna, enamorado del centro de la ciudad, la Puerta del Sol, el Paseo del Prado y el Rastro, la periferia de Madrid le parecía triste y desolada. En *El Chalet de las Rosas* el relato se pasa casi íntegramente en la Ciudad Lineal, a la cual repetidas veces califica de «ciudad abortada», «ciudad mortecina, ciudad de los tristes». Ante todo señala su tristeza, de «ruinas nuevas», de «cementerio de vivos», de «falsa ciudad-jardín y auténtica ciudad-panteón» (22). Sobre ella y sus alrededores campos solitarios parece planear la muerte. Especie de «Suiza de cuevas, no de montañas, llena de campos intermedios llenos de basuras y de hondonadas muy propias para matar niños», la Ciudad Lineal, en medio de un árido paisaje africano no podía inspirar más que agresividad. «Ciudad sin sucesos», era lugar propio para un gran manicomio o un sanatorio de niños retrasados, para tíficos y maniáticos.

El silencio «malo» de la casi deshabitada Ciudad Lineal, «sólo perturbado por el paso de tranvías», la soledad y el ambiente de crimen que se respira en *El Chalet de las Rosas*, va a la par de la imagen de tristeza que le produce a Ramón la población diseminada a lo largo de la calle principal, «triste como un canalillo, un canalillo de casas se entiende dos filas de casas a lo largo del camino solitario». Los hotelitos le parecen pobres y pretenciosos, ideales para la nueva aristocracia en busca de lo distinguido. Ciudad todavía por hacer, en plena «dentición» según Ramón, causaba asombro a los visitantes dominigueros, los cuales al verla «no acababan de creer que aquella fuese una ciudad, ni lineal siquiera». Ninguno de ellos se llegaba a formar una idea de sus habitantes, «ciudad para los delineantes y matemáticos de un orden especial». Casi nadie preguntaba si quedaban casas libres, pues, según Ramón, los que iban a vivir a la Ciudad Lineal lo hacían «arrastrados por la fatalidad», pues «no se va voluntariamente a la ciudad de los apagados, a la ciudad apagada y mortecina».

La novela de Ramón Gómez de la Serna desde el punto de vista literario es espléndida. Su visión macabra alcanza límites poco frecuentes. Otra cosa, en realidad, era la Ciudad Lineal. Quizá Ramón, amigo de gentes extravagantes, se sintió atraído por los habitantes de lo que él calificaba «camino de tumbas» (23). Sin duda se

lla se conservaban unas alineaciones construcciones de este singular tipo.

(23) Arturo Soria, cuya fisonomía y silueta se han comparado a las de un personaje del Greco, en 1921 escribió un artículo titulado «El Greco era un genio», recogido en el volumen de *Filosofía barata*.

(22) Es curioso constatar que el tipo de edificación de casa económica inventado o propuesto por Belmás presenta aire de alineaciones de túneles panteones. También que su ensayo en firme se hizo en unas barriadas construidas en la antigua carretera de Francia y frente a la Sacramental de San Martín. Parece ser que en Cercedilla





hubiese sentido más atraído si hubiese conocido, en el camino de Hortaleza, La Huerta o Quinta de la Salud (1928). Antigua propiedad de los Duques de Frías, fue reedificada en 1894. En 1928 su entonces propietario, el notario don Pedro Tovar Gutiérrez, en esta finca modelo o «coto redondo acasado», además de utilizar para sus dependencias técnicas modernas de prefabricado en hormigón, colocó en un balcón o galería de su casa, suspendido en el muro en una estantería, el féretro de su mujer, que no hace muchos años podía verse colgado en medio de las ruinas de esta interesante hacienda. Su ambiente no podía resultar más siniestro y folletinesco. El discurso del abogado defensor del asesino del *Chalet de las Rosas* alega como atenuante que la Ciudad Lineal es un lugar que induce al crimen, «un paisaje de Viernes Santo», un tétrico lugar, un «locus», un «altozano sacrificador», que en la primavera adquiere tonos de cuadro del Greco (24). Para Ramón Gómez de la Serna difícilmente se podía comprender que existiesen partidarios de la ciudad que Arturo Soria había creado con un afán regeneracionista dentro de conceptos éticos, humanitarios y masonicos, totalmente opuestos a los que él postulaba.

Un acierto indudable de Ramón Gómez de la Serna es su caracterización de los habitantes de la Ciudad Lineal, «esa ciudad para delincuentes y matemáticos de un orden especial». Don Arturo Soria que como individuo se nos presenta qui-

jotesco y especial, un tanto «raro», puede servir de paradigma de su propia creación. La Ciudad Lineal como ciudad pertenece a una concepción totalmente opuesta a la del centro tradicional de Madrid. Con su deliberada geometría y racionalidad resulta polar al pintoresco trazado barroco. Más bien enlaza con la ideal ciudad herreriana de cúbica abstracción, geométrica y cerebral pese a su pretensión de orgánico contacto con la naturaleza. No es de extrañar que Soria señalase en la vida la superioridad de las formas animales sobre las formas vegetales. En su sistema de mecanismo es esencial. El constructor que en él se albergaba no podía concebir el universo más que como forma racionalmente dispuesta. Su ciudad era la encarnación de sus ideas al respecto. Y así lo debían comprender muchos de sus colegas y correligionarios. Además de muchos pedagogos como Domingo Barnés, en la Ciudad Lineal vivieron bastantes arquitectos como Rubio, García Guereta y el «raro» y genial futurista e inventor Casto Fernández Shaw.

Sólo la lectura de la leyenda popular andaluza *Manolín*, en la que se describe la utópica colonia agrícola socialista se puede parangonar en España con la ideal concepción de la Ciudad Lineal, acerca de la cual conocemos el origen literario del lema de don Arturo Soria repetido insistentemente en su Decálogo y en todas sus publicaciones: «¡Para cada familia, una casa; en cada casa, una huerta y un jardín!» Como ya dijimos, esta divisa está sacada de la novela ita-

Hay que recordar aquí la vinculación entre el Greco y la Institución Libre de Enseñanza por medio de don Manuel Bartolomé Cossío, autor de una célebre monografía sobre El Greco (1908). Ramón también escribirá un libro de carácter literario sobre el pintor cretense, titulado *El Greco. El Visionario de la Pintura*, Ediciones Nuestra Raza, Madrid (s. a.), 1935.

(24) Es interesante comparar el crimen literario inventado por Ramón Gómez de la Serna al doble asesinato que Ramón DEL VALLE INCLAN en su folletín *La Casa de Dios* (1899) sitúa en la urbanización, creada de nueva planta en 1890, «Madrid Moderno». Dotadas las viviendas de la urbanización con abundancia de agua, alcantarillado, gas y luz eléctrica fueron codiciadas por la burguesía acomodada.

El comentario de VALLE INCLAN no puede ser más elocuente: «Al principio, las gentes se negaban a creerlo. Muchos dudaban, afirmando que Madrid Moderno no era barrio para tragedias de aquel jaez.» Véase Francisco AGUILAR PIÑAL, «La Guindalera, el Parque de las Avenidas», en el vol. 3, *Madrid*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979, p. 987.

Es de señalar que entre los proyectos que se pensaban construir en esta urbanización figuraba el modernísimo «Parque Rusia, con jardines de recreo, un lago, salón cubierto para teatros, conciertos, patinaje y baile público, amén del indispensable servicio de restaurante».

El autor del proyecto, de arquitectura neoárabe en hierro y cristal, fue el ya tan citado aquí arquitecto Mariano Belmás.

Un film de 1949, *Una mujer cualquiera*, de Rafael GIL, en el que María Félix y Arturo Vilar eran los protagonistas, se desarrollaba en la Ciudad Lineal. En sus secuencias había un crimen. Durante la posguerra española la Ciudad Lineal era percibida por las gentes como un lugar retirado y siniestro, propicio al vicio un poco oculto y secreto, un escenario de misterioso atractivo en los márgenes de la moral y de la ciudad. La falta de medios de comunicación acentuaba esta impresión de lugar apartado. La ciudad sigue inspirando desde esta veta de necrofilia, tal que se comprueba en la novela *Las bodas secretas de Lilia* (Editorial Debate, Madrid, 1991), de Fermin BOUZA.



liana de anticipación *El año 3000*, un sueño de Paolo Mantegazza (1897) (25). La propaganda para encontrar compradores de solares era diametralmente opuesta al ambiente descrito en *El Chalet de las Rosas*. El personaje con sombrero de paja de Italia y pantalón rayado que sonriente camina junto a la casa-hucha construida con sus ahorros está lejos de ser el criminal que entierra a sus víctimas en su florido jardín tan macabramente abonado. El optimismo universal sería su panacea, don Arturo Soria precisamente había creado su ciudad con el pensamiento de que en ella se pudiese huir de la sordidez y la incuria urbana, se desterrase el vicio moral y físico de la ciudad desordenada, se lograra hacer florecer una vida más higiénica y armoniosa en todos los sentidos. La ciudad integradora de clases y personas, sin caciques ni explotadores, era su ideal. En ella se alcanzaría, según sus previsiones, una nueva Edad de Oro. La ciudad de los ideales masónicos cristalizaría en la creación de Soria. Para concluir, citemos un texto publicado en la revista *La Ciudad Lineal*, del mismo año en el que apareció a la luz pública *El Chalet de las Rosas*. En él se proporciona una imagen de la urbanización totalmente polar a la de un ambiente apocalíptico. El anónimo cronista reseña la celebración de los partidos de fútbol organizados en el velódromo por el club Real Madrid

a los que concurrieron unos veinte mil espectadores. Su descripción merece la pena ser leída. Su prosa tiene un ritmo de vanguardia. Su optimismo es estimulador, de partidarios del deporte entonces tan de moda. Miles de personas llegan a la Ciudad Lineal «en tranvías, autos, motos y todos los medios de locomoción conocidos. ¡Al velódromo! ¡Al velódromo!». El público es abigarrado, heterogéneo, predomina la gente joven «inteligente, simpática, estudiantes, empleados, obreros que ya huyen de los toros, las tabernas y los bares. Muchachas gentiles, bellísimas, completan la nota de alegría y color. Cae un sol tibio de otoño. Huele a flores. Brillan los humanos ojos, pasión, amor. Los pulmones respiran con fruición al aire embalsamado. Corre el tranvía entre lindos hoteles y jardines y se escuchan agudos y gozosos gritos de niños. Perspectivas de árboles... ¡Naturaleza! ¡Juegos olímpicos! ¡Deportes de hoy! ¡Alegría! ¡Mujeres bonitas que llevan el cuello, la espalda y los brazos desnudos! ¿Grecia? ¿Madrid? ¡Al velódromo! ¡Al velódromo! ¡Al velódromo de la Ciudad Lineal!».

La doble invitación a la modernidad y a la exaltación clásica coronaban conjuntamente la acción y el pensamiento del reformador que, sin desmayo, había sido siempre el inquieto e inveterado soñador, el matemático, utópico y masón, don Arturo Soria y Mata.



(25) Esteban BELTRAN, *Socialismo Agrícola, Segunda Parte de Manolín*, Biblioteca de Visionarios Heterodoxos y Marginados, Editora Nacional, Madrid, 1979.